5588

LOS

HOMBRES DE BIEN

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ (pseud.)

Manuel Tamayo y Baus

MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
Calle de Isabel la Católica, núm. 4

1870

LOS HOMBRES DE BIEN

DRAMA

LOS

HOMBRES DE BIEN

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ

MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
Calle de Isabel la Católica, núm. 4

1870

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/loshombresdebien16420tama

El autor de esta obra, no representada todavía en España, autoriza gustosísimo al insigne actor Don Joaquin Arjona, para estrenarla en el teatro de Tacon de la Habana, con la excelente compañía dramática, que, bajo su direccion, ha de trabajar en aquel teatro durante el año cómico de 1870 á 1871, y en la cual figura Doña Teodora Lamadrid, cuyo nombre solo es su más cumplida alabanza.

Podrá igualmente el Sr. Arjona representar este drama, siempre que lo estime oportuno, en dicha poblacion, y en cualesquiera otras de América, fijando y percibiendo sus derechos de representacion, poniendo á la venta sus ejemplares impresos, y ejerciendo, en fin, todas las facultades correspondientes al propietario de la obra.

Este drama es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá representarle ni reimprimirle en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los señores Gullon é Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares, con la excepcion que se desprende de la facultad concedida al Sr. Arjona, segun la nota precedente.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito determinado por la ley.

611370

PERSONAJES

—

Don Lorenzo de Velasco.
El Conde de Boltaña.
Juanito Esquivel.
Leandro Quiroga.
Damian Ortiz.
Adelaida.
Andrea.

LOS HOMBRES DE BIEN

ACTO PRIMERO

Sala baja de una casa de campo; dos puertas á cada lado de la escena; dos grandes rejas en el foro, por las cuales se ve el campo; muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

(Entran por la segunda puerta de la derecha con traje de campo.)

DON LORENZO. Entren ustedes por aquí. ¡Voto va! No hay placer como el que llega de repente.

EL CONDE. ¿Nos suponia usted capaces de faltar á lo convenido?

DON LORENZO. No; pero no los aguardaba á ustedes precisamente hoy. (Siéntanse los tres.)

JUANITO. ¿Y Adelaida?

DON LORENZO. Se levanta más tarde, y como hace un poco de *toilette*... Ni en campos ni en desiertos abdicará nunca mi hija su cetro de reina de la moda. Conque ¿de véras no quieren ustedes descansar un rato? Las habitaciones están preparadas.

JUANITO. Ca, no señor. Anoche dormimos en Irun, y ya ve usted que desde Irun hasta aquí...

DON LORENZO. Sí, dos horas de coche.

EL CONDE. Está admirablemente situada esta posesion.

DON LORENZO. Creo haber hecho una buena compra, y aquí he de pasarme tres ó cuatro meses todos los años. Conque son ustedes mios hasta fin de Julio por lo ménos.

EL CONDE. ¿Y nuestros baños?

DON LORENZO. Tiempo queda.

JUANITO. Sería abusar.

DON LORENZO. Al contrario: hacerme favor. Espero que han de pasarlo ustedes bien. Para los que como nosotros aborrecemos el tráfago del mundo, ¡es tan agradable esta paz, esta soledad!.. En los veinte dias que llevo aquí, fuera de la gente de casa, no he visto más que á mis vecinos el paralítico y su hija.

EL CONDE. ¿Un paralítico?

DON LORENZO. Sí, el dueño de una casita muy humilde poco distante de la mia. Es la única habitacion que hay en estos alrededores, y tambien la quise adquirir; pero el hombre se negó rotundamente á desprenderse de su nido. ¿Á dónde habia de ir á parar con sus huesos un infeliz privado de todo movimiento? Por lo mismo tampoco nos causa molestia alguna. Es persona muy atenta y afable. Parece que se dedicaba al comercio, cuando una gran desdicha y su enfermedad le dejaron sin blanca, y ha diez años que vive ahí en la mayor miseria, solo con Andrea, su hija. ¡Una criatura celestial! Ella lo hace todo en la casa: barrer, guisar, lavar... en fin, todo. Y cuidar á su padre, al cual tiene que llevar de una parte á otra en una especie de carreton, y hasta que ponerle el pan en la boca. ¡Y cómo le cuida! ¡Con qué agrado y ternura! Como se cuida á un niño de pecho. En un desierto únicamente se ven hoy estas cosas.

EL CONDE. Cierto que ya se encuentra poco de eso en el mundo.

DON LORENZO. ¡Calla! Juanito, se le han saltado á usted las lágrimas.

JUANITO. ¿Qué quiere usted? ¡Soy tan sensible! (Enjugándose los ojos con el pañuelo.) En oyendo referir algo tierno... á pesar mio, se me llenan de agua los ojos.

EL CONDE. ¡Dichoso usted que en nada se parece á la mayor parte de los jóvenes de su edad!

JUANITO. Á los consejos de usted lo debo, señor Conde. ¡Usted si que es bueno!

DON LORENZO. Los dos son ustedes modelo de honradez, de...

EL CONDE. ¡Modelo usted, señor don Lorenzo!

JUANITO. Señor don Lorenzo ¿qué mejor modelo que usted!

DON LORENZO. La verdad es que uno se diferencia bastante de la generalidad de los hombres, entregados hoy en cuerpo y alma al demonio. Ay amigo mio, ¡qué mundo! (Al Conde, con tono muy declamatorio, poniéndose de pié.)

EL CONDE. ¡Qué sociedad! (Tambien con mucho énfasis y levantándose.)

JUANITO. ¡Qué siglo! (Como los otros dos.)

DON LORENZO. ¡Rotos los vínculos de la familia!

EL CONDE. ¡Destruídos los cimientos del Estado!

JUANITO. ¡Hecha sistema la impiedad!

DON LORENZO. ¡Corrupcion y desórden en todas las clases

EL CONDE. ¡Los bribones dominándolo todo!

JUANITO. ¡Y en tanto los hombres de bien!...

DON LORENZO. ¡Para nosotros, los desdenes! (Saca un cigarro de papel de la petaca, enciende un fósforo.)

EL CONDE. ¡Los malos tratamientos! (Saca una caja de rapé.)

JUANITO. ¡La verdadera esclavitud! (Saca un cucurucho de caramelos de uno de los bolsillos del traje.)

DON LORENZO. ¡Qué escándalo! (Con trágico acento, dejándose caer en la silla y encendiendo el cigarro.)

EL CONDE. ¡Qué desdicha! (Con tono muy grave, sentándose y tomando un polvo de rapé.)

JUANITO. ¡Qué abominacion! (Con tono lacrimoso, cayendo de golpe en su asiento y echándose un caramelo en la boca. En este momento se ve por las rejas del foro á Andrea, que cruza el campo de derecha á izquierda, con un cantarillo de agua debajo del brazo.)

DON LORENZO. Ah, miren ustedes. (Señalando á las rejas.) Por ahí va la hija del paralítico. (El Conde y Juanito se levantan.)

EL CONDE. ¿Es aquella?

JUANITO. ¡Ave María Purísima, y qué linda es! (Santiguándose.)

DON LORENZO. ¡Divina! ¡Una cara de Concepcion de Murillo! (Vése ahora á Damian cruzar el campo de izquierda á derecha. Saludarse Andrea y él, y cada cual desaparece por su lado.)

EL CONDE. Y ese cojito que viene hácia aquí y la saluda ¿quién es?

DON LORENZO. Oh, ese es mi escribiente, mi secretario, mi mayordomo...

¿qué sé yo? (Levantándose.) Una preciosa adquisicion que hice pocos dias ántes de salir de Madrid.

EL CONDE. ¡Calla! Si no estuviera cojo, diria...

DON LORENZO. ¿Què?

EL CONDE. Sí; es Ortiz.

JUANITO. El mismo: Damian Ortiz.

DON LORENZO. ¿Le conocen ustedes? Me alegro. Yo le conocí cuando todavía era un niño, en casa de don Estéban Samaniego, militar honradísimo, íntimo amigo de su padre y mio tambien, y desde entónces he seguido tratándole con la mayor intimidad. ¡Un muchacho excelente!

EL CONDE. ¡Oh, inestimable!

JUANITO. ¡Oh, no tiene par!

DON LORENZO. Eso sí; algo raro.

EL CONDE. Sí, bastante raro.

JUANITO. Sí, muy raro.

DON LORENZO. Figúrense ustedes que pocos meses despues de morir su padre se halló aquel mismo Samaniego con que le habian robado cinco mil duros de la caja del regimiento, que tenía á su cargo. ¿Quién dirán ustedes que fué el ladron?

JUANITO. ¿Quién?

DON LORENZO. ¡Su propio hijo!

EL CONDE. ¡Si los crímenes que hoy dia se ven!...

JUANITO. ¡Pobrecito! ¡Válgame Dios! (Enterneciéndose.)

DON LORENZO. Desesperado y casi demente, acudió á mí pidiéndome prestada aquella cantidad. Yo soy muy rico, cierto; su afliccion me partia el alma; pero ya se ve... ¡un préstamo de cien mil reales sin garantías!...

EL CONDE. ¡Sopla!

JUANITO. ¡Caracoles!

DON LORENZO. Pues Damian, para sacarle del apuro, malvendió una casita que era todo su patrimonio, quedándose á perecer sin un maravedí. Hemos de convenir en que las más nobles acciones, si no están reguladas por la prudencia...

EL CONDE. Algunos hechos que parecen muy heróicos no son, en resumidas cuentas, más que simples calaveradas.

JUANITO. El Evangelio quiere que uno ame al prójimo como á sí mismo, pero no más

DON LORENZO. ¡Claro!

EL CONDE. Yo le traté en las oficinas de «La Maravilla del Siglo,» donde á duras penas obtuvo un destinillo de ocho mil reales. Ya se sabe lo que por regla general son las sociedades de crédito.

DON LORENZO. Sí: reuniones de unos cuantos pillos que cobran y de muchos tontos que pagan. De todas las invenciones de nuestro siglo, ninguna tan maravillosa como la del robo hecho pacíficamente de comun acuerdo entre el robador y el robado.

JUANITO. ¡Si ya hay mucha gente que roba de buena fe, y no es posible distinguir á un caballero de un ladron!

EL CONDE. Cierto, corriente; pero ello es que el Consejo de administracion de «La Maravilla» se componia de un general, de un magistrado, de un diputado, de un banquero, de otros así y de mí. Me parece que yo... ¿eh?

DON LORENZO. ¡Oh, usted!...

JUANITO. Ya lo creo: ¡usted!...

EL CONDE. Y todos callábamos; todos hacíamos la vista gorda, porque á veces...

DON LORENZO. Sin duda: hay que transigir.

JUANITO. Y llevar con paciencia las flaquezas del prójimo.

EL CONDE. Y que áun los títulos de Castilla, si tenemos hijos... ¡Yo tengo cinco hijos!

DON LORENZO. ¡Y qué bien criádos!

JUANITO. ¡Qué monos los pequeños!

EL CONDE. ¡Angelitos! Pues bien; como ese caballero andante no tiene hijos, en cuanto se hubo enterado de los gatuperios de la sociedad, armó un escándalo, y tiró el empleo por la ventana.

DON LORENZO. Si le digo á usted que es una cabeza de chorlito.

JUANITO. Y ¿qué valen esas quijotadas en comparacion de la que dió por resultado su cojera, y que solo yo presencié por mi mala ventura?

DON LORENZO. ¿Conque presenció usted el lance?

EL CONDE. Y ¿qué fué?

JUANITO. Al entrar una noche en la Carrera de San Francisco, donde tienen ustedes su casa, ví un mozo y un viejo, ambos de chaqueta, y que el primero se lanzaba al segundo, navaja en mano.

EL CONDE. ¡Bueno va estando el pueblo!

DON LORENZO. ¡Se le predica la rebeldía, la inmoralidad!..

JUANITO. Me indigné, y cerrando los ojos...

DON LORENZO. ¿Se fué usted al agresor?

JUANITO. No: me puse á rezar un Padre Nuestro para que Dios le iluminase; cuando en esto llega á la carrera ese Ortiz, sin arma ninguna, y cubre al viejo con su cuerpo.

EL CONDE. ¡Qué atrocidad! ¡Sin armas!

DON LORENZO. ¡Es mucho Damian!

EL CONDE. ¿No llevaba ni siquiera un rewólver?

JUANITO. ¡Toma! Si hubiera llevado un cañon, ya el caso era distinto. Sucedió lo que no podia ménos de suceder: aquel energúmeno le atravesó un muslo con la navaja.

DON LORENZO. Lástima que todo lo que hace ese chico se resienta de falta de prevision.

EL CONDE. No hay que darle vueltas: es loco.

JUANITO. Echaron los otros á correr; y yo, viéndome solo con un hombre tendido en tierra...

DON LORENZO. ¿Se acercó usted á él?

EL CONDE. Para darle auxilio, ¿verdad?

JUANITO. Ese fué mi primer impulso, porque como tengo tan buen corazon... Pero caí en la cuenta de que si estaba muerto, y la policía me encontraba á su lado...

EL CONDE. ¡Tiene usted razon!

DON LORENZO. ¡Podia usted haberlo pasado mal!

JUANITO. ¡Vaya! Conque tambien yo eché á correr, y me encerré en casita, llorando á lágrima viva por aquel infeliz.

DON LORENZO. Pero no se puede negar que todas sus calaveradas provienen de excesiva honradez. Es muy honrado, mucho.

JUANITO. Y muy entendido. ¿No vieron ustedes su drama?

EL CONDE. ¿Tambien es poeta? (Con tono de desdén.) Yo no.

DON LORENZO. Yo tampoco.

JUANITO. Un drama histórico... muy largo... muy triste... (Como reproban-

dolo.) ¡Oh, dicen que es muy bueno!... Y lo que es moral!... No se hizo más que dos ó tres noches.

DON LORENZO. Las obras serias no llaman ya gente al teatro.

EL CONDE. Ya no gusta más que el género bufo.

JUANITO. Las chocarrerías, las indecencias.

EL CONDE. ¡Y hay maridos que llevan á sus mujeres á ver esas obras!

DON LORENZO. ¡Y padres que llevan á sus hijas!

JUANITO. ¿Han visto ustedes la última bufonada?

EL CONDE. Yo, si: tres veces.

DON LORENZO. Y yo: cuatro.

EL CONDE. Mi mujer no quiere más que ópera ó esas tonterías.

DON LORENZO. Mi hija tampoco.

JUANITO. No, y que algunas cosas no dejan de tener gracia.

EL CONDE. Y la música suele ser muy bonita.

DON LORENZO. ¡Oh, la música de Offembach!

JUANITO. Aquello de La gran Duquesa: «*Que duerma pues el general.*» (Cantando.)

DON LORENZO. }
EL CONDE. } ¡Oh, si si! (Con mucha alegría. Cógense los tres del brazo, y cantan remedando los ademanes con que esto se canta en el teatro.)

LOS TRES. *Que duerma pues*
El general.

DON LORENZO. Pues y ¡aquello de Barba Azul!...

EL CONDE. ¡Ah, si! «*Yo soy Barba Azul...*» (Cantando.)

DON LORENZO }
JUANITO. } ¡Si, si!

LOS TRES. *Yo soy Barba Azul ¡chipé!*
Un buen viudo y un gran pez.

(Poniéndose en jarras, y remedando tambien los ademanes con que esto se canta en el teatro.)

DON LORENZO. Pero á vueltas de alguna gracia y de algun trozo de música medianilla, ¡cuánta sandez y cuánta inmoralidad! (Sacando la petaca.)

EL CONDE. ¡Y en un país civilizado se permiten espectáculos semejantes! (Sacando la caja de rapé.)

JUANITO. ¡Si ya los hombres de bien no podemos ir á parte ninguna! (Sacando el cucurucho de caramelos.)

DON LORENZO. ¡Que escándalo! (Sentándose y encendiendo el cigarro.)

EL CONDE. ¡Qué desdicha! (Sentándose tambien y tomando un polvo de rapé.)

JUANITO. ¡Qué abominacion! (Tomando tambien asiento y echándose un caramelo á la boca.)

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS y DAMIAN.

(Entra por la puerta de segundo término de la derecha con el sombrero en la mano.)

DAMIAN. ¡Ah! (Deteniéndose.) Creí que estaba usted solo.

DON LORENZO. Adelante, Damian. Estos señores son conocidos de usted.

DAMIAN. Sí, con efecto...

EL CONDE. ¿Va bien, señor Ortiz? (Sin levantarse ni alargarle la mano.)

JUANITO. ¿Está usted bueno? (Como el Conde.)

DAMIAN. Bien. ¿Y ustedes? (Sin acercarse á ellos.)

EL CONDE. El señor Ortiz sabe que puede contar con nuestro afecto. (Como vendiéndole proteccion.)

DAMIAN. Gracias. (Sonriéndose.)

JUANITO. Y si en algo le podemos ser útiles...

DAMIAN. Gracias.

DON LORENZO. ¿Ha salido ya de su cuarto el señor Quiroga?

DAMIAN. Ahora acaba de salir.

EL CONDE. ¿Quiroga?

JUANITO. ¿Leandro Quiroga?

EL CONDE. ¿Está aquí?

DON LORENZO. ¿No se lo habia dicho á ustedes? Iba á Francia, pero se detuvo en Irun para hacerme una visita; le invité, por mera fórmula, á pasar unos cuantos dias conmigo; me cogió la palabra, y ahí le tienen ustedes.

EL CONDE. Qué buena alhaja, ¿eh?

DON LORENZO. Dígamelo usted á mí. Quiso mi mala estrella que cinco años ha hiciésemos juntos la travesía de Cádiz á Puerto-Rico, y á pesar mio tuve que contraer con él relaciones de íntima amistad. Yo iba á negocios y él iba empleado.

JUANITO. ¿Y es verdad que volvió á España bajo partida de registro?

DON LORENZO. ¡Vaya si es verdad!

JUANITO. Y cuando volvió, ¿qué le hicieron?

EL CONDE. Le hicieron oficial de Secretaría, Gobernador, Director...

DAMIAN. Y siguió robando tan serio. (Con gravedad irónica.)

DON LORENZO. Pero nada le basta. (Dirigiéndose al Conde y Juanito.) Ha ya mucho tiempo que está entrampado hasta los ojos. Sin embargo, vive como un príncipe. Abonó en los teatros, juego, francachelas, queridas, caballos, coche... ¡Y dicen que en nuestra época no hay milagros! ¿Qué mayor milagro que gastar sin tener?

DAMIAN. Eso consiste en que la piedra filosofal, buscada en vano por los alquimistas, ha sido al fin hallada por los tramposos: la piedra filosofal es el dinero ajeno.

EL CONDE. Yo le cobré odio cuando sedujo á la señora de Bustamante.

JUANITO. Yo no le puedo mirar sin espanto desde que mató en desafío al pobre Ramírez.

EL CONDE. ¡Y que un hombre así esté bien mirado en el mundo! (Levantándose.)

JUANITO. ¡Mejor que nosotros! (Levantándose tambien.)

EL CONDE. ¿Cómo se puede explicar eso?

DAMIAN. Muy facilmente. En cada época hay un tipo de moda: el poeta, el filósofo, el soldado, el fraile, el caballero... Y ahora el tunante es el último figurin.

EL CONDE. ¡Cierto: muy bien dicho!

JUANITO. ¡Y Quiroga es modelo en su género!

DON LORENZO. ¡Oh, pues si ustedes supieran lo que yo!

EL CONDE. }
JUANITO. } Qué?

DON LORENZO. Le he ofrecido callarlo.

EL CONDE. Con lo que nadie ignora bastaba para enviarle á presidio.

JUANITO. Y á la horca tambien.

DON LORENZO. Es un desalmado.

EL CONDE. ¡Un pillete!

JUANITO. ¡Un monstruo!

ESCENA TERCERA.

DICHOS y QUIROGA.

(Entra por la puerta de la derecha sin sombrero)

QUIROGA. ¡Hola, hola, cuanto bueno por aquí! (Al oir su voz dan un respingo los tres hombres de bien.)

DON LORENZO. ¡Hola, buen mozo! (Yendo hácia él y estrechándole una mano con extraordinaria afabilidad.) ¡Gracias á Dios que se le ve á usted, perezosillo!

JUANITO. ¡Oh, señor don Leandro!... (Yendo tambien hácia él apresuradamente, y cogiéndole una mano con las dos suyas.)

EL CONDE. ¡Amigo mio! (Yendo tambien hácia él, y abrazándole con viva efusion. Damian los contempla con sonrisa burlona, y luego da señales de indignacion y enfado.)

QUIROGA. Conde... Esquivel... (Saludándolos.)

DON LORENZO. Me han cumplido su palabra y nos acompañarán unos dias.

QUIROGA. ¿Si, eh? (¡Maldita sea vuestra estampa!)

EL CONDE. ¡Y cuánto nos hemos alegrado al saber que estaba usted aquí!

JUANITO. Eso decíamos al señor don Lorenzo: donde esté Quiroguita por fuerza ha de pasarlo uno bien.

QUIROGA. (Si lograra espantarlos y que se fueran cuanto ántes.) Pero el que va á pasarlo muy mal con ustedes cuatro soy yo.

JUANITO. ¿Eh?

EL CONDE. ¿Cómo?

QUIROGA. Los cuatro son ustedes íntimos amigos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y yo he cortado relaciones con esos caballeros.

DON LORENZO. ¡Ja! ja! ¡Qué cosas tiene este Quiroga! (Riéndole la gracia.)

EL CONDE. ¡Ja! ja! ¡Tiene unas salidas! (Lo mismo.)

JUANITO. ¡Ja, ja! ¡Lo dice todo con tanto donaire! (Lo mismo Damian se manifiesta impaciente y exasperado.)

QUIROGA. No me intimido, sin embargo. Yo les haré ver á ustedes que es gran simpleza seguir hoy creyendo en esas antiguallas.

DON LORENZO. En dejándole á él hablar...

JUANITO. ¡Tiene un pico!..

EL CONDE. ¡De oro!

DAMIAN. Dios, con efecto, va poniéndose muy antiguo. Si á lo ménos, quisiera vestirse con algun sastre de París.

DON LORENZO. No, Damian, eso no. Le prohibo á usted hablar de religion ni de política. Aquí hemos venido buscando la paz, y...

QUIROGA. Déjele usted que defienda sus opiniones. El amigo Ortiz, sin echarla de santo, es quizá de todos ustedes el creyente más fervoroso. Cree en la otra vida. (Con risa burlona.)

DAMIAN. Esta me parece poca vida para mi alma.

QUIROGA. Cree en el alma, segun oyen ustedes. (Riéndose más.)

DAMIAN. Un caballo es, sin duda, hermoso animal: con fatuidad indisculpable me considero yo algo superior á un caballo.

DON LORENZO. Ea, Damian, ya he dicho que...

QUIROGA. Y hasta oye misa; y tal vez confiese y comulgue.

DAMIAN. ¡Vaya! Tengo la flaqueza de ser esclavo de Dios, y la arrogancia de no serlo de nadie más.

DON LORENZO. ¡Dale machaca! (Con mayor enojo.) ¿Quiere usted callarse por los clavos de Cristo?

QUIROGA. Se continuará. Nadie es elocuente en ayunas. Voy á tomar el chocolate.

DON LORENZO. Y ustedes ¿no quieren tomar algo?

EL CONDE. Tampoco me vendrá mal á mí un chocolatillo.

JUANITO. Ni á mí: con el aire de la mañana...

QUIROGA. Vengan ustedes conmigo. (Los he de aburrir.) Y despues daremos una vuelta por el campo, si no temen ustedes contaminarse con la compañía de un réprobo.

EL CONDE. Su compañía de usted nos honrará mucho.

JUANITO. ¡Si yo tengo flaco por usted!

QUIROGA. Hasta luego, Lorencito mio. (Haciendo una fiesta en la cara á Don Lorenzo el cual sonrie embobado.) Salud al noble paladin de la fe de nuestros mayores. (A Damian, en tono de burla.)

EL CONDE. ¡Bravo, bravo! ¡Já, já! (Qué tio!)

JUANITO. Ja, ja! Bravo! (Qué perro!)

QUIROGA. ¡En marcha! (Dirígese á la puerta de la derecha de primer término, tarareando una cancion guerrera. El Conde y Juanito le siguen, tarareando como él.) Pasen ustedes. Deteniéndose cerca de la puerta para cederles el paso.)

EL CONDE. ¡No faltaba más!

JUANITO. Usted debe ser el primero en todo.

QUIROGA. Adelante. (Sale tarareando, y detras de él los otros dos, tarareando tambien.)

ESCENA IV.

DON LORENZO y DAMIAN.

DON LORENZO. ¡Esto no se puede aguantar! (Paseando muy agitado por la escena.) ¡Aunque sólo mirara que se halla en casa ajena! Pero ¡ca! ¡No respeta nada!

DAMIAN. Señor don Lorenzo. (Como tomando una resolucion.)

DON LORENZO. ¿Qué? (Sin detenerse.)

DAMIAN. Para aceptar la colocacion que tuvo usted la bondad de ofrecerme, puse una condicion nada más: la de que habia de serme lícito decir todo lo que se me viniese á la lengua.

DON LORENZO. Y ¿á qué recordarme tan á menudo esa dichosa condicion? (Deteniéndose á su lado.) ¿No oigo yo siempre con placer todo lo que á usted se le antoja decirme? ¿No le trato á usted como á un hijo? ¡El tal Quiroga!... (Consigo mismo, paseándose de nuevo muy exasperado.)

DAMIAN. Si, señor; todo eso es verdad, y yo se lo agradezco á usted infinito; pero...

DON LORENZO. Pero ¿qué? (Con enfado, deteniéndose otra vez.)

DAMIAN. Mil veces me he propuesto cambiar de genio, y no tomarme frio ni calor por las cosas del mundo; pero... vamos, no lo puedo evitar: en viendo algo que no me guste, ó trino ó reviento.

DON LORENZO. ¡Pues trine usted! ¿Quién diablos se lo impide? ¿No trino yo tambien? (Sigue paseándose, y de vez en cuando se detiene para responder á Damian.)

DAMIAN. Pues señor, ¡á trinar! Ese caballerito es un grandísimo tunante.

DON LORENZO. ¡Noticia fresca!

DAMIAN. Y usted...; ¡usted es amigo de un tunante!

DON LORENZO. ¡Bah! ¿Quién no tiene amigos así?

DAMIAN. Usted le obsequia, usted le adula, usted le mima...

DON LORENZO. Pues si tratando bien á los pillos, siempre acaban por hacer de las suyas, ¿qué sería si uno los tratase mal?

DAMIAN. Usted le ha metido en su propia casa.

DON LORENZO. Yo le ofrecí... La buena educacion...

DAMIAN. La mala querrá usted decir. No es de buena sino de malísima educacion alternar con gente perdida. Usted se irrita si delante de él sostengo opiniones y creencias que son las de usted. (Don Lorenzo deja de pasear.)

DON LORENZO. Lo hago para evitar que se enrede la discusion, y él á su vez nos suelte una andanada de blasfemias y de herejías.

DAMIAN. El dice blasfemias y herejías, y usted ó no contesta, ó le rie la gracia.

DON LORENZO. Exasperándole diria más. Ya se ve: usted es muy jóven todavía; tiene la sangre muy caliente...

DAMIAN. Si, señor: conservo la facultad de indignarme en tiempos en que nadie se indigna. Pero créalo usted: el no indignarse, en los individuos como en los pueblos, es la señal más evidente de estar envilecidos.

DON LORENZO. Por eso mismo justamente: porque la sociedad está envilecida, es inútil dar coces contra el aguijon y hay que tener prudencia.

DAMIAN. ¡Prudencia! Muy señora mia.

DON LORENZO. La prudencia, amiguito, es una de las virtudes cardinales.

DAMIAN. Sí, cuando es aquella virtud que enseña á discernir el bien del mal para seguir el uno y huir del otro; no cuando es, como sucede con frecuencia, la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal; no cuando es hipócrita escudo del indiferentismo ó la máscara ruin de la cobardía.

DON LORENZO. Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted que uno haga?

DAMIAN. Luchar. El amor al bien no puede ser platónico.

DON LORENZO. Luchar inútilmente. El mundo es víctima de otra irrupcion de bárbaros.

DAMIAN. No señor: ahora la irrupcion no es de bárbaros: es de tunos.

DON LORENZO. ¿Y quién puede con ellos!

DAMIAN. Mire usted: el síntoma funesto de las sociedades modernas no es que en ellas haya tunantes: siempre los ha habido. El síntoma funesto es que no haya hombres de bien.

DON LORENZO. ¡Qué exageracion!

DAMIAN. Sí; hombres de bien vergonzantes, que ni siquiera se atreven á serlo á cara descubierta; que rechazando con espanto el papel de actores, aceptan gustosos el de cómplices en las obras de iniquidad. Entre el bárbaro asesino y el vil que le guarda las espaldas, entre el verdugo y su ayudante, me quedo sin ninguno. La excepcion confirma la regla: no lo dude usted: ya no hay más que bribones.

DON LORENZO. ¡Allá va eso!

DAMIAN. Bribones activos y pasivos: unos que hacen y otros que dejan hacer.

DON LORENZO. Usted, por lo visto, quisiera que los hombres de bien fuésemos otros tantos Quijotes, consagrados á romper lanzas con todo el mundo.

DAMIAN. Quisiera no ver de un lado celo y entusiasmo en los partidarios del mal, y de otro lado en los del bien, apatía y miedo. ¡Oh! son tan cobardes los hombres de bien que ahora se estilan, que no parece sino que el miedo es compañero inseparable de la virtud, ó que nadie se mete á bueno sino cuando no se atreve á ser malo.

DON LORENZO. Usted sueña con imposibles. La profesion de ciertas ideas lleva consigo el amor de la paz.

DAMIAN. ¿Quién la disfruta menor que esos infelices, que no sólo temen los riesgos positivos, sino tambien los imaginarios: que de todo se asustan; áun de tener razon: que empeñándose en estar bien con todo el mundo, con nadie logran estar bien; ni consigo mismos? ¡Oh! si de uno de estos dos inmensos bandos que constituyen hoy la mayoría de la sociedad: malvados capaces de todo y hombres de bien incapaces de nada: si de los unos ó los otros es lícito esperar algo bueno, espérese de aquellos que siquiera tienen fe en el mal: ¡nada puede esperarse de los que en nada tienen fe! Ardiente enemigo de Jesus, cuando frenético de rabia le perseguia, cae á tierra adorándole, y es el Apóstol de las Gentes: los hombres de bien han tomado por modelo á Pilátos, y para los Pilátos no hay redencion.

ESCENA V.

DICHOS y ADELAIDA.

(Adelaida, con traje elegante de campo, entra por la puerta de primer término de la derecha. Trae un libro en la mano.)

ADELAIDA. (¡Ni una sola mirada!) (Acércase á una de las rejas y mira hácia afuera atentamente. Quiroga, el Conde y Juanito cruzan por el campo de derecha á izquierda. Damian se retira á uno de los ángulos del proscenio.)

DON LORENZO. ¿No das los buenos dias, muchacha?

ADELAIDA. Buenos dias. (Desdeñosamente, volviendo apénas la cabeza.)

DON LORENZO. ¡Oiga! Te has compuesto más temprano que de ordinario.

ADELAIDA. Como tenemos huéspedes.

DON LORENZO. Sí; el Conde de Boltaña y Juanito Esquivel.

ADELAIDA. Ya he hablado con ellos. ¡Qué par de fastidiosos!

DON LORENZO. ¿No sabias que iban á venir? ¡Todo te fastidia! De algun tiempo á esta parte no se puede contigo. ¿Qué te pasa? Qué tienes?

ADELAIDA. Nada. Abur. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

DON LORENZO. Eh, quieta. (Deteniéndola con afabilidad.) No sea usted fuguillas.

ADELAIDA. ¿He de seguir oyendo majaderías delante de un extraño?

DON LORENZO. ¿Un extraño?

DAMIAN. Yo. (Dirigiéndose hácia una de las puertas de la derecha.)

DON LORENZO. No se vaya usted, Damian. (Damian sigue andando.) Que no se vaya usted. (Deteniéndole. Damian se retira al ángulo derecho del proscenio.)

ADELAIDA. Yo soy quien se va.

DON LORENZO. Ni tú. (Sujetándola.)

ADELAIDA. ¡Ay, qué pesadez! (Damian durante toda esta escena dara señales de impaciencia e indignacion, andando, sentándose, llevándose una mano á la frente y mirando alternativamente á don Lorenzo con expresion de burla, de lástima y de ira.)

DON LORENZO. Pero mujer ¿es posible que un padre tan bueno como yo?...

ADELAIDA. Bien... déjame.

DON LORENZO. ¿No merece mejor pago mi cariño, mi ternura, mi?...

ADELAIDA. Ay, papá, no por Dios: no te pongas sensible.

DON LORENZO. Hé aquí el fruto de la educacion que se da á los jóvenes hoy dia. (En su tono declamatorio habitual, separándose de Adelaida.) Tratan á

sus padres como á iguales. ¿Qué digo como á iguales? Como á inferiores.

ADELAIDA. Esto va para largo. (Se sienta en un sofá que habra entre las dos puertas de la izquierda, y lee en el libro que tiene abierto en la mano.)

DON LORENZO. ¡Qué hijos!

DAMIAN. ¡Qué padres! (Bajo á don Lorenzo, en el mismo tono que él.)

DON LORENZO. Los padres no podemos ir contra el mundo. El mundo ridiculiza la autoridad del padre y aplaude la rebeldía del hijo.

ADELAIDA. Si no hablaras tan alto, me enteraria yo mejor de lo que estoy leyendo.

DON LORENZO. ¿Y á qué es tanto leer? ¡Si usted supiera lo que esta criatura tiene leído! Obras en frances, en inglés, en italiano... Como sabe todas las lenguas conocidas... Y no crea usted: cosas muy formales: literatura, política, historia... Hombre, si una vez se leyó de cabo á rabo la historia universal de Cèsar Cantú. Y ¿qué estás leyendo ahora, vamos á ver? (Acercándose á ella.)

ADELAIDA. Un libro.

DON LORENZO. Contesta. Alguna vez se ha de hacer lo que yo mando. ¿De qué trata ese libro?

ADELAIDA. De lo que no te importa.

DON LORENZO. Dímelo. ¡Mira que si no me lo dices!... (Con tono amenazador.)

ADELAIDA. ¿Qué? (Con mucha calma y sonrisa irónica.)

DON LORENZO. Lo veré yo.

ADELAIDA. Ea, bueno; míralo tú. (Cerrando el libro y alargando desdeñosamente la mano, como para que su padre venga á cogerlo. Don Lorenzo va hácia ella, toma el libro y lo abre por la primera página.)

DAMIAN. (¡En mi vida he deseado ser padre hasta ahora!)

DON LORENZO. ¡Dios me valga! ¡Damian! ¡Dios me valga! ¿Sabe usted lo que está leyendo esa criatura?

DAMIAN. Como usted no lo diga...

DON LORENZO. ¡La vida de Jesus por Renan!

ADELAIDA. ¿Y qué?

DON LORENZO. ¿De dónde has sacado ese libro?

ADELAIDA. Me le ha dado Quiroga.

DON LORENZO. ¡Quiroga! ¿Ve usted esto, Damian?

DAMIAN. Si, señor, que lo veo.

DON LORENZO. ¡Dar un libro así á una muchacha!

ADELAIDA. Recuerda que tengo ya veinticinco años cumplidos.

DON LORENZO. ¡Cuando tú lo vuelvas á pillar!

ADELAIDA. Supongo que no querrás quedarte con lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Ya sabes que el libro es de Quiroga.

DON LORENZO. Yo se lo daré á él.

ADELAIDA. Y él me lo volverá á dar á mí.

DON LORENZO. Le diré yo que no te lo vuelva á dar.

ADELAIDA. Le diré yo lo contrario, y ya verás como hace más caso de mí que de tí.

DON LORENZO. De fijo.

ADELAIDA. Y cuando sepa esto, se reirá muy lindamente.

DON LORENZO. Se reirá. ¡Vaya si se reirá!

ADELAIDA. Lo mejor es que no te empeñes en quitármelo. Yo estoy en mi derecho, y tú no.

DON LORENZO. A ver, á ver, ¿qué quiere decir eso?

ADELAIDA. Que un padre no tiene derecho á tiranizar la razon de sus hijos.

DON LORENZO. Señor, ¿á dónde vamos á parar?

ADELAIDA. Con que trae. (Quitándole el libro de la mano con mucha calma. Vuelve á sentarse y sigue leyendo.)

DON LORENZO. ¡Esto es hecho! Ya no hay respeto, ni obediencia ni... Castigue Dios á todo el que tenga la culpa.

DAMIAN. ¡Pobre de usted si Dios le oyese! (Bajo á don Lorenzo, acercándose á él sin poder contenerse.)

DON LORENZO. Pero ¿qué diablo quiere usted que yo haga? (Muy exasperado.)

DAMIAN. Antes podia usted haber hecho una cosa.

DON LORENZO. ¿Cual?

DAMIAN. Educar mejor á su hija.

DON LORENZO. ¡Me gusta! Mi hija se ha educado en Inglaterra. Es el portento de Madrid.

DAMIAN. Con efecto: sabe cuanto hay que saber, ménos... (Andrea cruza el campo de izquierda á derecha.)

DON LORENZO. ¿Ménos qué?

DAMIAN. Nada: ménos respetar á su padre.

DON LORENZO. ¡Ya! ¿Usted querria que la hubiese criádo al estilo antiguo,

dando que reir á la gente, verdad? ¡Ni quién habia de figurarse!... Y ahora, ahora ¿qué puedo hacer?

DAMIAN. Ahora puede usted hacer otra cosa.

DON LORENZO. ¿Cual? sepamos. (Con ansiedad.)

DAMIAN. Romperle una silla en la cabeza.

DON LORENZO. Mire usted que no estoy para bromas. (Muy exasperado

DAMIAN. Ni yo. (En el mismo tono que don Lorenzo.)

ESCENA SEXTA.

DICHOS Y ANDREA.

ANDREA. ¿Se puede entrar? (Asomándose á la puerta de segundo termino de la derecha

DAMIAN. Es Andrea.

DON LORENZO. Adelante.

ADELAIDA. (¡Ella aquí!)

ANDREA. Dios guarde á ustedes, señores y señora.

DON LORENZO. Buenos dias, chiquita.

ANDREA. Vengo... por que mi padre me ha mandado venir.

DAMIAN. No te turbes. Ya sabes que el señor don Lorenzo te quiere mucho.

ANDREA. Ya lo sé; y tambien que es muy bueno.

DON LORENZO. Gracias. Y ¿qué quiere tu padre?

ANDREA. Quiere... que le diga á usted una cosa; pero ¡me da tanta vergüenza!

ADELAIDA. (¿Qué será?)

DON LORENZO. (¿Vendrá á pedir?)

DAMIAN. Habla sin miedo.

ANDREA. Bien. Estése usted á mi lado. (A Damian.) Pues mi padre me ha mandado venir á decirle á usted... (A don Lorenzo.) ¡Qué vergüenza me da! (Tapándose la cara con el delantal.)

ADELAIDA. Ea, despacha ó vete. (Con aspereza.)

ANDREA. }
DAMIAN. } ¡Oh! (Andrea con susto y pena. Damian con indignacion que dificilmente reprime.)

DON LORENZO. ¡Mujer! (A su hija, en tono de reconvencion.)

ANDREA. ¡Ay señorita, no se enfade usted conmigo por Dios! (Llorando.)

DON LORENZO. No se enfada, no; sino que...

ANDREA. Bien veo que estoy cansando á ustedes, pero... En fin, alla va. (Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.) Pues ha de saber usted que ese caballero que está aquí... ese que es tan buen mozo... (Adelaida hace un movimiento involuntario, y dirige á Andrea una mirada de furor.) (¡Oh! ¡Qué miradas me echa la señorita!) (Con susto.)

DON LORENZO. (¿Á dónde irá á parar?)

DAMIAN. Sigue, hija mia.

ANDREA. Ese...

DON LORENZO. Bien: Quiroga.

ANDREA. Así creo que se llama: el señor Quiroga. Pues al dia siguiente de su llegada se encontró conmigo en el campo, y me dijo... que era muy bonita.

DON LORENZO. ¡Oiga! (Sonriéndose.)

DAMIAN. (¡Pillastre!)

ADELAIDA. Y tú ¿qué le dijiste á él? (Con ansiedad.)

ANDREA. Yo, nada. Cuando alguno me ve al pasar por aquí, suele decirme: «Vaya una cara de cielo que tienes, criatura», ó «Dios bendiga tus ojos, muchacha», ó así: y yo saludo, agradeciendo la buena voluntad, y me quedo tan serena y alegre. (Con ingenuidad candorosa.) Cuando ese otro se acercó a mí, tuve miedo; cuando me miró, cerré los ojos; cuando me habló, eché á correr. Y entré en casa corriendo. Y padre me dijo: ¿Por qué vienes tan deprisa, muchacha?» Y yo le respondí: «Porque dejé la comida á la lumbre.» «¿Por qué vienes tan colorada?» «Porque hoy el sol calienta mucho.» Mire usted: por éstas que ántes nunca habia yo engañado á mi padre. (Poniendo las manos en cruz, y llorando.)

DAMIAN. Sosiégate.

DON LORENZO. (No me llega la camisa al cuerpo.)

ADELAIDA. (¿Le querrá ella? ¿Le querrá?) (Maquinalmente rasga una hoja del libro que tiene en la mano.)

ANDREA. Despues le volví á encontrar muchas veces. Yo al verle siempre huia: él se empeñaba en alcanzarme. Logrólo al fin, y sujetándome por una mano, dijo que me queria, y que yo habia de quererle á él bien á bien ó por fuerza. Quedé como difunta, sin poder hablar, ni moverme, ni respirar siquiera. Entónces pasó usted por allí cerca sin

vernos. (A Damian.) Me dejó. ¡Cuantas bendiciones le eché á usted aquel dia!

DON LORENZO. ¡Cuidado con el hombre!

DAMIAN. Sigue (Con vivo interés.)

ADELAIDA. ¿No oyes? Que sigas. (Con impaciencia y encono.)

ANDREA. Siempre que yo volvia á casa, mi padre me observaba con atencion, y cada dia iba poniéndose más triste. Las horas muertas nos pasábamos en silencio, mirándome él como nunca me habia mirado, mirando yo al suelo sin pestañear. Mi padre que apénas tiene vida en el cuerpo, tiene, al parecer, más vida que nadie en el alma. Sentado en su carreton, ve lo que sucede fuera del alcance de sus ojos, le mira á uno á la cara, y le ve el corazon. No se rian ustedes: mi padre es adivino. Todo lo habia adivinado mi padre: nada se atrevia á decirme. Sabia yo que él lo sabia todo: no me atrevia á decirle nada.

DAMIAN. Pero ya se lo habrás dicho; ¿verdad?

ANDREA. Estaba ayer tarde á la puerta de casa, recogiendo la ropa que por la mañana habia tendido al sol, cuando de repente sentí oprimido mi cuerpo. El señor Quiroga me tenia abrazada. Grité sin poderlo evitar. «¿Qué es eso?» dijo desde dentro y casi al mismo tiempo mi padre. Se me cuajó la sangre de espanto. No sabia qué responder. «¿Qué es eso?» gritó de nuevo mi padre con voz muy ronca y alterada. Y sin saber yo qué decir, dije: «Nada, un bicho que me he encontrado encima.» Y seguí forcejeando en silencio para desprenderme de aquellos brazos que me oprimian y abrasaban como si fueran de hierro encendido. «Volveré esta noche; aguárdame,» decia él; y yo muy bajito: «Suélteme usted por caridad;» y mi padre con voz que ya no parecia la suya: «¿Quién está ahí? ¡Andrea! ¡Andrea!» Y aquel hombre me cogió la cabeza con una mano, y fué acercando por fuerza mi cara á la suya, y no pude ya contenerme, y empecé á gritar: «¡Padre! ¡Padre!» ¡Le llamaba cuando el infeliz no puede moverse! ¿Á quién habia de llamar! (Con arrebato de dolor.)

DON LORENZO. ¡Bribon!

DAMIAN. ¡Infame!

ADELAIDA. ¡Acaba!

ANDREA. Acercó mi cara á la suya, y... ¡Yo no lo quisiera decir! (En la mayor afliccion.) ¡Mi padre me ha mandado decirlo! Y... ¡Ay Dios de mi vida, no fué mia la culpa!

ADELAIDA. ¿Qué? dilo.

ANDREA. ¡Me dió un beso en la boca! (Con terror.)

ADELAIDA. ¡Oh! (Se levanta arrancando algunas hojas del libro.)

DON LORENZO. ¡Si es el diablo en persona!

DAMIAN. El agravio da mayor brillo á tu pureza.

ANDREA. Entré en casa. ¡Reina de los Angeles! ¡Mi padre estaba en pié! ¡En pié! ¡Diez años ha que no le habia visto moverse! Luego cayó de golpe desmayado en el carreton, y del carreton al suelo. ¡Creí que se moria! Volvió en si: tuve que contárselo todo: hasta lo más pequeño. Cuando ya nada tenía que decir, seguia él preguntando. Su rostro á cada palabra mia tomaba diferente color; despedian llamas sus ojos; temblaba de piés á cabeza: el dolor y la rabia le cambiaron de modo, que turbada yo y sin darme cuenta de lo que hacía, hube de mirarle un momento con atencion para convencerme de que era mi padre. Llegó la noche. «Cierra esa puerta: cierra bien.» Obedecí. «Ven acá: más cerca, más cerca.» Obedecí. «Dame una mano: aprieta: no sueltes.» Obedecí. «¡Aquí, Leal!» Leal es uuestro perro. Y lo dijo de modo, que Leal dió un rugido y vino de un salto á nuestro lado. «¡Defiéndela tú: yo no puedo!» Entónces lloró. ¡Lloraba á mares! ¡Yo no sabia que se pudiese llorar tanto! «Reza.» Rezamos un rosario, y otro despues, y luego otro. Se quedó al fin inmóvil y mudo con la vista fija en la puerta. Miraba Leal hácia donde su amo. Yo á mi Vírgen de los Dolores. Al más leve rumor que sonaba fuera, mi padre se estremecia violentamente, y Leal erguia la cabeza gruñendo. ¡Así hemos pasado la noche!

DAMIAN. Ya lo ve usted: hay que tomar una resolucion tan pronta como enérgica.

DON LORENZO. ¡El Quiroga y su alma!

ADELAIDA. ¡Dile que es un malvado, el más vil de los hombres!

DAMIAN. Bendígala á usted el cielo, señorita, por esa noble indignacion.

ANDREA. Sí, ampárenme ustedes: eso quiere mi padre: que alguien me defienda. Ya saben ustedes cómo está. Si me ve abandonada, la pena de no poderme defender le quitará la vida. Ay, tal vez ya... No, yo no quiero que mi padre de mi alma se muera. Conque le diré que ustedes... ¡Qué contento se va á poner! Y yo... yo si vivo cien años, cien años rezaré por ustedes todos los dias. ¡Dios se lo pague á usted, señor! (Besando una mano á don Lorenzo con viva emocion.) Y á usted, señorito. (Corre hácia Damian y le estrecha las manos.) Y á usted... (Va hácia Adelalda, la cual le dirige una mirada de ódio y rencor que la hace detenerse como sobrecogida de espanto.) (¡Qué mirada!) Con que me defenderán ustedes, ¿verdad? (Andando hácia atrás, y de cuando en cuando mira con recelo á Adelaida, que no aparta de ella la vista.) (¡No me quita los ojos!) Por mí no: por el pobrecito baldado. (¡Qué modo de mirarme! ¡Jesús!) (Vase corriendo llena de terror por la puerta de segundo término de la derecha

ESCENA SÉTIMA

DON LORENZO, DAMIAN y ADELAIDA.

DON LORENZO. ¡Nada respetan los inícuos! ¡Ni la inocencia sin amparo ¡Ni la ancianidad desvalida! (Dando paseos por la escena sumamente agitado.)

DAMIAN. A usted le toca defenderlas.

ADELAIDA. (¡Ese hombre me perderá!) (Con acento de desesperacion. Asómase a una de las rejas del foro. Andrea cruza el campo de derecha á izquierda.)

DON LORENZO. Si; es preciso hablar á Quiroga.

DAMIAN. ¡Es preciso arrojarle al punto de aquí!

DON LORENZO. ¿Eh? ¿que dice usted? (Manifestando sorpresa y terror.)

DAMIAN. Unicamente así podrá evitarse un atentado. En estos alrededores no hay habitacion ninguna; él no se ha de quedar en el campo: se irá; olvidará á la pobre niña...

DON LORENZO. ¡Echar de mi casa á Quiroga! Y ¿cómo se hace eso?

DAMIAN. Echándole.

DON LORENZO. ¿Y si no se quiere ir?

DAMIAN. Se le echa por fuerza.

DON LORENZO. ¡Ave María purísima!

DAMIAN. ¿No somos cuatro contra él?

DON LORENZO. ¡Cuatro hombres de bien contra un tunante!

DAMIAN. ¡Vive Dios que los cien gallegos que se dejaron robar porque iban solos, tenian á quien parecerse: á los hombres de bien!

DON LORENZO. Usted todo lo saca de quicio. ¡Le hablaré! ¡Vaya si le hablaré!

DAMIAN. ¿Y cree usted que le hará caso?

DON LORENZO. ¡Maldito! (El Conde y Juanito cruzan por el campo de izquierda á derecha haciendo grandes aspavientos y como si hablasen acaloradamente el uno con el otro.) Si él se ha propuesto deshonrar á esa niña...

DAMIAN. ¿Usted dejará que la deshonre?

DON LORENZO. Y matar á ese anciano...

DAMIAN. ¡Usted dejará que le mate!

DON LORENZO. Y hacernos reventar á todos de un sofocon...

DAMIAN. ¿Usted consentirá que todos seamos juguete de un malvado?

DON LORENZO. ¡Dale! ¡Yo no soy don Quijote!

DAMIAN. ¡Ni Sancho Panza tan siquiera!

DON LORENZO. Yo me lavo las manos.

DAMIAN. Lo que ántes decíamos: tambien se lavó las manos Pilátos; ¡y no hay manos más sucias que aquellas manos tan lavadas!

ESCENA OCTAVA.

DICHOS, EL CONDE y JUANITO.

El Conde y Juanito entran por la puerta de segundo término de la derecha, dando muestras de indignacion y enfado.)

EL CONDE ¡Esto es por demas!

JUANITO. ¡Vaya con el señor Quiroga!

DON LORENZO. ¿Quiroga? (Yendo hácia ellos.)

DAMIAN. }
ADELAIDA. } ¿Qué? (Acercándose a ellos tambien)

EL CONDE. Durante el paseo nos ha comunicado su propósito de... (Con teniéndose por estar delante Adelaida.) Pues... de enamorar á la hija del paralítico.

DON LORENZO. Sí; ya sabíamos las intenciones de ese Barrabas.

JUANITO. Pues al volver aquí...

EL CONDE. Nos la hemos hallado en el camino.

DAMIAN. ¿Y qué? (Todo el diálogo hasta el final de este acto debe ser rapidísimo.)

ADELAIDA. ¿Qué?

JUANITO. En cuanto ella le vió, echó á correr.

EL CONDE. Y él detras.

DAMIAN. }
ADELAIDA. } ¡Oh!

DON LORENZO. ¡Dios nos la depare buena!

EL CONDE. ¡Y la infeliz iba dando unos alaridos!

JUANITO. ¡Como si la persiguiese el demonio!

DAMIAN. Y ¿ustedes!.. (Con indignacion y rabia.)

EL CONDE. ¡Nosotros nos hemos venido escandalizados! (Con mucho énfasis.)

JUANITO. ¡Horripilados! (Con énfasis todavía mayor, enterneciéndose.)

DAMIAN. ¡Oh! (Dirigiéndose hácia el foro.)

DON LORENZO. ¡No se comprometa usted! (Deteniéndole.)

EL CONDE. ¡Mire usted que ese hombre!..

JUANITO. ¡Si se llega á enfadar!..

DAMIAN. ¡Suelte usted! (A don Lorenzo, desprendiéndose de él.) ¡Paso! (Al Conde y Juanito.) ¿Villanía les parece á ustedes dañar al desvalido! Pues no defenderle pudiendo ¡tambien es villanía! (Váse precipitadamente por la puerta de segundo término de la derecha.)

ESCENA NOVENA.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO Y ADELAIDA.

Adelaida va á una de as rejas, y asida con una mano ál os hierros, mira hácia fuera con ansiedad hasta el final del acto. Don Lorenzo, el Conde y Juanito pasean aceleradamente por el escenario en encontradas direcciones, manifestándose muy agitados y hablan con tono áun más enfático y declamatorio que de costumbre. Se ve cruzar por el campo á Damian, sin sombrero, y andando tan de prisa como su cojera se lo permite.

DON LORENZO. ¡Seducir á una criatura inocente!

JUANITO. ¡Único sosten de un padre enfermo y viejo! (Llorando.)

EL CONDE. ¡Atropellar toda ley humana y divina!

ADELAIDA. (¡Capaz me siento de matarle!)

DON LORENZO. ¡El mundo está perdido!

EL CONDE. ¡La sociedad sucumbe!

JUANITO. ¡Llegaron los tiempos del Antecristo!

DON LORENZO. ¡Qué escándalo! (Dejándose caer en una silla á la izquierda y sacando la petaca.

EL CONDE. ¡Qué desdicha! (Sentándose á la derecha y sacando la caja de rapé.)

JUANITO. ¡Qué abominacion! (Tomando tambien asiento, separado de los otros dos, y sacando el cucurucho de los caramelos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

El Conde, Juanito, y despues don Lorenzo.

Juanito. ¡Buena está la paz que don Lorenzo nos prometia! ¡En el campo, en un desierto, como quien dice, hallar estos belenes!

El Conde. No queda ya rincon de tierra hasta donde no se haya extendido la plaga de los tunos.

Juanito. La peor de todas las conocidas.

El Conde. ¡Me rio yo de las moscas y las ranas de Egipto!

Don Lorenzo. ¡Dia fatal! ¡Qué dia! (Entrando por la primera puerta de la derecha.)

Juanito. ¿Está peor esa muchacha?

Don Lorenzo. No: se le va calmando la convulsion; va desapareciendo el terror que la dominaba: ya no chilla ni... Pero se ha quedado como alelada, en un estado de postracion que da miedo. Me ahorcaria de mejor gana que lo digo.

El Conde. ¡Esta gente del campo toma tanto cariño á los animales!

Juanito. No me hubiera llevado yo menor susto que Andrea. ¡Matarle su perro! El señor Quiroga no tiene entrañas.

Don Lorenzo. Pero si la chica se acongojó, allá en su casa que la hubieran sufrido. Y no que Damian, para que su padre no la vea con la pataleta, sin encomendarse á Dios ni al diablo, la trae aquí, y nos hace cargar á nosotros con el mochuelo. ¡Ay, qué Damian de mis pecados! Créanlo ustedes: las personas demasiado buenas, son insufribles.

JUANITO. Lo que es yo, le voy cobrando miedo. Si parece que come víboras y que bebe aguarras.

EL CONDE. Y ¡qué insolente! Nos trata como á iguales. ¡Yo no sé á donde vamos á parar con el espíritu democrático de este siglo!

DON LORENZO En fin—vean ustedes—ya se la lleva á su casa. (Señalando á las rejas del foro, por las cuales se ve pasar de derecha á izquierda á Damian y Andrea Esta va apoyada en aquel.) ¡Gracias á Dios! Pues ¿y Quiroga! ¿Y Quiroga! (Con enojo.)

JUANITO. Quiroga tiene por oficio el escándalo. Hoy el escándalo es un oficio como otro cualquiera.

EL CONDE. Mejor que otro cualquiera.

DON LORENZO. ¡Buen susto se ha llevado mi pobre hija!

JUANITO. No ha sido para ménos el lance.

DON LORENZO. Y ¿por qué he de tolerar yo que un belitre con sus desórdenes?... Además, algo hay que hacer en favor de Andrea: hay que evitar la desdicha que la amenaza.

EL CONDE. ¿Quién lo duda? Nuestra obligacion es amparar á la inocencia.

JUANITO. Para estas ocasiones son los hombres de bien.

DON LORENZO. ¿Conque les parece á ustedes conveniente que le hable gordo?

EL CONDE. Si, señor: á mí me parcce conveniente que le hable usted gordo.

JUANITO. Todo lo gordo que usted quiera.

DON LORENZO. Pero ayúdenme ustedes.

EL CONDE. Yo cuando llega el caso, bien que guardando cierta regla y medida, sé decir cuatro frescas al lucero del alba.

JUANITO. Mire usted: á mi rara vez se me hinchan las narices; pero en llegándoseme á hinchar...

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS y QUIROGA.

(Aparece y detiénese en la primera puerta de la derecha, con sombrero y baston.

DON LORENZO. Convenido: en cuanto el señor Quiroga se nos ponga delante, firme en él. (Quiroga se habrá ido acercando á ellos sin que le sientan.)

QUIROGA. Pues me pongo detras. (Poniéndose á espaldas de los otros.)

DON LORENZO
EL CONDE.
JUANITO. } ¡Oh! (Extremeciéndose.)

EL CONDE. (¡Qué bromas tan pesadas!)

JUANITO. (¡Es gusto hacerle á uno dar repullos!)

QUIROGA. Con que decian ustedes que ¡firme en él!

DON LORENZO. Venga usted acá, demoñejo: ¿por qué ha matado usted al perro de Andrea?

QUIROGA. Porque el perro de Andrea se empeñaba en averiguar á qué saben mis pantorrillas.

DON LORENZO. ¡Si usted no hubiera perseguido á su ama!

QUIROGA. Ba, no faltaba más sino que los perros se metieran en lo que no les va ni les viene. Miren ustedes el cuerpo del delito. (Desnudando el estoque de su baston.)

DON LORENZO. Guarde usted eso.

QUIROGA. En París lo compré: ¡una alhaja! (Esgrimiendo el estoque.)

EL CONDE. Frio siento de verlo.

JUANITO. Yo frio y calor.

QUIROGA. El perro acometiéndome por delante: el señor Ortiz siguiéndome con destempladas voces... Milagro fué que despues de atravesar al chucho, no hiciera lo mismo con ese nuevo amparador de doncellitas menesterosas.

DON LORENZO. Pero vamos á ver: ¿no seria mejor que usted dejase en paz á la chica?

QUIROGA. Y ¿por qué habia de ser mejor? La chica me gusta.

JUANITO. (Ande usted con él) (Bajo á don Lorenzo despues de haberle tirado de la levita.)

DON LORENZO. Sí, pero ya ve usted... Como la pobrecilla está sola...

QUIROGA. Por eso quiero yo acompañarla.

JUANITO. Como no tiene amparo...

QUIROGA. En mi tendrá el que necesite.

EL CONDE. Como su padre es viejo y está paralítico...

QUIROGA. Ojalá que un dia amaneciesen paralíticos todos los padres de este mundo.

DON LORENZO. (¡Primero ciegues, condenado!)

EL CONDE. (¡Que no te diera el tifus!)

JUANITO. (¡Ya escampa!)

DON LORENZO. (¡Ánimo!) Quiroga: (Con tono resuelto.) yo no puedo consentir que usted pierda á esa pobre niña. ¡No puedo consentirlo! (Tira al Conde del faldon de la levita.)

EL CONDE. (¡Valor!) La honra de una doncella es sagrada. ¡Muy sagrada, caballerito! (Tira á Juanito del faldon de la levita.)

JUANITO. (¡Pecho al agua!) Lo que usted quiere hacer no tiene disculpa. ¡Vamos, que no la tiene!

QUIROGA. ¿Hablan ustedes con formalidad? Pues más valia señor don Lorenzo que en vez de tomarse tanto interes por una muchacha desconocida, se abstuviese usted de seducir á las mujeres de sus amigos.

DON LORENZO. (¡Santa Bárbara!)

QUIROGA. Y ¡qué mujer! Una jamona que no vale dos cuartos.

DON LORENZO. ¡Quiroga! (Siguiéndole.)

QUIROGA. ¡Aquel pobrecito que se va tan descuidado á la oficina!

DON LORENZO. Hombre, hombre, ¡mire usted lo que dice!

QUIROGA. Con achaque de protegerle para que no pierda el destino...

DON LORENZO. Supongo que ustedes no creerán eso de la jamona.

EL CONDE. ¡Ca!

JUANITO. No, señor.

QUIROGA. ¿Qué no? Pues miren ustedes, se llama...

DON LORENZO. ¡Chito! (Tapándole con una mano la boca.) ¡No comprometa usted á nadie! Mi hija está mala. ¡muy mala! Voy á ver dónde se ha metido... Voy á ver qué hace...

QUIROGA. Por mi vaya usted bendito de Dios.

DON LORENZO. (¡Todo por la Andreita!.. ¡A ver como no se la lleva el demonio!) (Vase muy deprisa por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA TERCERA.

EL CONDE, JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA. Usted, señor Conde, siquiera tiene mejor gusto. La modistilla es muy salada.

EL CONDE. ¡Canario!

QUIROGA. Y desde que la lleva usted con tanto lujo...

EL CONDE. Señor Quiroga, mire usted que esas chanzas...

QUIROGA. Verdad es que se gasta usted un dineral con ella.

EL CONDE. Juanito, supongo que usted no creerá...

JUANITO. Ni por pienso.

QUIROGA. ¡Un hombre casado! ¡Un padre con cinco hijos!

EL CONDE. Voy á ver... ¡Tengo un picor en este hombro!.. Aquí debe haber pulgas.

QUIROGA. ¿Quien le detiene á usted?

EL CONDE. (¡Pues aunque reventara esa chica!...) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA CUARTA.

JUANITO y QUIROGA.

QUIROGA. Usted, seráfico mancebo... usted no ha seducido á nadie.

JUANITO. Lo que es yo... (Con aire de satisfaccion.)

QUIROGA. Se ha dejado usted seducir por una viuda de alta clase muy llena de piezas y remiendos.

JUANITO. ¡Falso! ¡Calumnia!

QUIROGA. ¡Contentarse con una vieja! ¿No sabe usted que para cada hombre hay siete mujeres?

JUANITO. Pues crea usted que algun tuno se ha guardado catorce.

QUIROGA. A no ser que usted lo haga creyendo que amar á una vieja es penitencia y no pecado...

JUANITO. No, si yo... Delante del Conde y don Lorenzo finjo desaprobar su conducta de usted, porque como ellos la echan de timoratos... ¡Buen par de maulas! Pero usted hace

bien... La Andregüela es preciosa, y... ¡Vaya, muy bien! ¿Eh? (Haciendo como que oye que le llaman.) El Conde me llama. Abur. (Dirígese precipitadamente hácia la primera puerta de la derecha.)

QUIROGA. No tropiece usted. (Riéndose.)

JUANITO. (Cristo se metió á redentor, y le crucificaron. ¿Cuándo acabará uno de escarmentar?) (Vase.)

ESCENA QUINTA.

QUIROGA y ADELAIDA.

QUIROGA. Adelaida estará ciega de furor. Una mujer furiosa está casi vencida. Ella es.

(Adelaida entra por la primera puerta de la derecha, cerca de la cual permanece, contemplando a Quiroga breves instantes en silencio.)

ADELAIDA. ¡Villano! (Con tono despreciativo.)

QUIROGA. Si no me turba la vista el resplandor de tu belleza, estamos solos: si mal no recuerdo, habias jurado que nunca á solas volverias á dirigirme la palabra.

ADELAIDA. Le hablo á usted para decirle únicamente villano.

QUIROGA. Cuanto sale de una boca tan linda como la tuya es grato á mis oídos.

ADELAIDA. ¿Porqué persigue usted á esa jóven?

QUIROGA. Ya dices algo más.

ADELAIDA. ¿Por qué?

QUIROGA. ¿La has mirado bien á la cara?

ADELAIDA. ¿Por qué?

QUIROGA. ¿No te parece muy bonita?

ADELAIDA. Pero Andrea te odia. (Acercándose á él rápidamente.)

QUIROGA. ¿De qué lo infieres, Adelaida?

ADELAIDA. No te querrá nunca. Ni tú la quieres á ella. ¡Mentira!

QUIROGA. Me quiere ya. La querré con el tiempo.

ADELAIDA. ¿Te empeñas en labrar su desdicha?

QUIROGA. Me empeño... La sinceridad es un defecto incorregible. Me empeño en vengarme de tí. Los medios de que para ello me valgo no dejan de tener alguna eficacia.

ADELAIDA. ¿De que te he querido, te vengas?

QUIROGA. ¿Tú me has querido?

ADELAIDA. Yo á tí, no: tú á mí, sí. (Irónicamente.)

QUIROGA. Dos veces creí amar en mi vida. Me equivoqué una vez. ¡Ojalá que tambien me hubiese equivocado la otra! Una mujer al fin trocó mi corazon de rey en esclavo. Tú, Adelaida. Y nada callaré. Verme esclavo de una pasion me dió ira y vergüenza. Te amé, porque no estuvo en mi mano evitarlo. Porque te amé, porque te idolatré, por eso empiezo á odiarte. No se aborrece á una mujer sin haberla querido mucho primero.

ADELAIDA. Tú me querias, Leandro, ¿y yo á tí no? Exiges que á todo el mundo oculte nuestro cariño como secreto vergonzoso: tomas con el mayor afan precauciones para que nadie lo descubra: me amenazas con que no volveré á verte jamas si mi padre llega siquiera á sospecharlo; y yo, ciega de amor, acepto para un trato amoroso las condiciones de un pacto criminal. Quieres que huya contigo: osas proponerme que viva á tu lado, sin poderte llamar esposo. ¿Y yo lo oí? ¡Y yo, despues de haberlo oído no te aborrezco! ¿Y dices que no te amo? ¿Y dices que tú me quieres á mí? Dices cosas, á fe mia, que, áun diciéndolas tú, más que por un malvado, parecen dichas por un loco.

QUIROGA. Respóndeme. ¿No te he revelado yo mi falta de creencias? ¿No sabes que para mí no hay más Dios que la naturaleza creadora de lo que nuestros ojos ven y tocan nuestras manos? Pues jurándote amor y fidelidad en el templo de un Dios cuya existencia sabes que niego, ¿qué farsa hubiéramos representado tú y yo? Mi papel en ella, ridículo: tu papel, ridículo y abominable. Piensa qué es peor, Adelaida; si creer á medias ó no creer.

ADELAIDA. Y ¿por qué aguardaste á ser dueño de mi corazon para dejarme ver todos los horrores del tuyo?

QUIROGA. Y ¿por qué, desdichada, habiendo en tí fuerza y brio para cruzar como águila espacios sin límite encendidos en la llama del sol, te dejas aprisionar por telas de araña en el estrecho y oscuro nido de las preocupaciones vulgares? Leve soplo bastaria para romper tales cadenas. Rómpelas,

vida mia; y vuelve á quien tan sólo puede amarte como tu debes ser amada. ¿Me quieres más que á todo? Por última vez te lo pregunto. Más que á todo te querré yo. Habla.

ADELAIDA. Con ese amor que tú me pides podrán quizá en otros pueblos del mundo amar las mujeres sin oprobio y deshonra: aquí en España todavía ese amor tiene distinto nombre: se llama prostitucion, se llama delito.

QUIROGA. ¡Necio de mí! (Breve pausa, despues de la cual dirígese hácia la segunda puerta de la derecha.)

ADELAIDA. ¿A dónde vas?

QUIROGA. ¿Qué derecho tiene usted, señorita, á pedirme cuenta de mis acciones?

ADELAIDA. El que me da mi desventura y tu vileza.

QUIROGA. Quita: voy á ver si está ya más tranquila esa flor de los campos.

ADELAIDA. No la verás.

QUIROGA. ¿Sabes lo que hacia el perro del hortelano, Adelaida?

ADELAIDA. Sé que no puede tener igual tu descaro.

QUIROGA. Ni tu simpleza. Soy libre. Quedaron rotos para siempre los vínculos que nos unian.

ADELAIDA. Une el amor estrechamente: el odio, más.

QUIROGA. Pero ¿qué te propones?

ADELAIDA. ¿Olvidarme? Enhorabuena; olvídame. ¿Ultrajarme? ¡Eso no!

QUIROGA. ¿Cómo has de impedir, insensata, que Andrea me cautive?

ADELAIDA. Yo creo en Dios aún. ¡Maldígame Dios si llegas á obtener una sola caricia de Andrea!

QUIROGA. ¿Me desafias?

ADELAIDA. Si.

QUIROCA. Andrea será la amada de mi corazon.

ADELAIDA. No: lo he jurado.

QUIROGA. Yo juro que sí. ¡Por mi honor lo juro!

ADELAIDA. ¡Por su honor! ¡Este hombre habla de honor!

QUIROGA. Pronto la verás en mis brazos.

ADELAIDA. De lo que un hombre infame es capaz, bien lo sabes tú: de lo que es capaz una mujer desesperada, no puedes ni soñarlo.

QUIROGA. No grites: si hubiera gente en esa habitacion... Si alguien te oyera... (Señalando á la primera puerta de la derecha.)

ADELAIDA. Que me oigan. ¡No más fingimiento ni disimulo!

QUIROGA. ¿Quieres agotar mi paciencia?

ADELAIDA. Quiero que sepa todo el mundo lo que tu no quieres que sepa nadie. Andrea va á saberlo ahora mismo. (Dirígese hácia la segunda puerta de la derecha.)

QUIROGA. Detente. Publicándolo, te castigarás á ti propia.

ADELAIDA. Si yo anhelo ser castigada. La culpa tiene sed de castigo.

QUIROGA. ¡Silencio!

ADELAIDA. ¡No!

QUIROGA. ¡Silencio ó por mi vida!.. (Con tono amenazador.)

ADELAIDA. ¿Qué? ¿Me amenazas? ¡Cobarde!

QUIROGA. ¡Adelaida!

ADELAIDA. El hombre que tiene valor para amenazar á una mujer, para esto no más puede tenerlo. ¿Y tú gozas entre los hombres fama de valiente? Los hombres deben ser muy mentecatos ó muy viles. ¡Cobarde!

QUIROGA. ¡Adelaida! (Asiéndole violentamente nna mano.)

ADELAIDA. ¡Ay! (Qaejándose como si la hubiera lastimado.) Pero ¿usted sabe que me ha hecho daño? ¡Padre! (Gritando fuera de sí.) ¿No hay quien venga á escarmentar á un atrevido?

ESCENA SEXTA.

DICHOS, EL CONDE, y JUANITO.

JUANITO. ¿Gritaba usted?

EL CONDE. ¿Qué pasa?

ADELAIDA. Pasa que un hombre tan audaz como ruin se atreve á deshacerme una mano entre la suya, en justa pena de haber cometido yo la infamia de quererle.

QUIROGA. ¡Oh!

EL CONDE. ¡Juanito! (A Juanito, manifestando mucho asombro.)

JUANITO. ¡Ave María Purísima! (Como el Conde, santiguándose.)

ADELAIDA. Aparta. Voy á casa de Andrea.

QUIROGA. Pero ¿has perdido la razon?

ADELAIDA. Ahora estoy recobrándola: ahora que te desprecio.

QUIROGA. No saldrás.

ADELAIDA. ¿Qué no? (Ciega de ira.)

EL CONDE. Pero señor don Leandro... (En tono de súplica.)

JUANITO. Quiroguita... (Lo mismo.)

ADELAIDA. ¿Que no? ¡Ja, ja, ja! (Soltando una carcajada.) Se empeñó en hacerme reir, y al fin lo ha conseguido. Aparte usted.

QUIROGA. ¿Qué remedio? Es usted una dama.

ADELAIDA. Usted no es un caballero. (Váse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA SÉPTIMA.

QUIROGA, EL CONDE y JUANITO.

QUIROGA. Olviden ustedes lo que acaban de oir. ¡Ni una palabra á nadie! ¡A su padre, ménos! ¿Lo entienden ustedes? (Con tono de cólera y amenaza.)

EL CONDE. Si, señor... (Muy turbado.)

JUANITO. Entendido. (Lo mismo.)

QUIROGA. ¡A nadie! (Vase por la segunda puerta de la derecha. Adelaida cruza el campo rapidamente de derecha á izquierda.)

ESCENA OCTAVA.

EL CONDE y JUANITO.

Ambos se llevan las manos á la cabeza y se pasean por el escenario en encontradas direcciones.

EL CONDE. ¡Esto es inaguantable!

JUANITO. ¡Esto es un horror!

EL CONDE. ¡Y qué suerte de hombre! ¡Quererle una muchacha como Adelaida!

JUANITO. Señor, ¿en qué consistirá que los pillos tengan tanto partido con las mujeres?

EL CONDE. La cosa es grave. Ella está muy enamorada. él es un Tenorio.

JUANITO. Que yo sepa, ha seducido ya á cuatro solteras, ocho casadas y veinticinco viudas.

EL CONDE. Nosotros somos amigos de su padre.

JUANITO. Pecaríamos gravemente callándoselo.

EL CONDE. ¡La amistad!...

JUANITO. ¡El deber!...

EL CONDE. Aunque ese maton lo lleve á mal...

JUANITO. Que yo sepa, ha matado ya á uno en desafío, y ha herido á nueve.

EL CONDE. ¿Y qué? ¡Se trata de cumplir una obligacion! (Quedándose un instante suspenso.) Aunque bien mirado, esto de mezclarse en negocios ajenos...

JUANITO. Ya conoce usted el refran: lo que no has de comer...

EL CONDE. ¡Cuando uno tiene hijos!

JUANITO. Si á mí me sucediese algo,—¡pobre mamá!—de fijo se moria.

EL CONDE. No señor, no: un hombre de bien no se debe meter en lios.

JUANITO. Que se lo diga su hija, si quiere.

EL CONDE. Lo que es yo, como si no supiera nada. (Tomando un polvo.)

JUANITO. Yo tengo una memoria fatal. (Comiéndose un caramelo.)

ESCENA NOVENA.

DICHOS y DON LORENZO.

DON LORENZO. ¡Si lo que á uno le sucede!.. (Entrando muy sofocado por la segunda puerta de la derecha.)

EL CONDE. ¿Eh?

JUANITO. ¿Lo sabrá ya? (Bajo, al Conde.)

DON LORENZO. ¿Á que no adivinan ustedes quién se me ha metido por las puertas adentro?

EL CONDE. A ver.

DON LORENZO. ¿No oyeron ustedes hablar en Madrid de un bandido famoso, llamado el Tuerto, que habia matado á su madre anciana y á su mujer recien parida?

EL CONDE. ¿Pues no? ¡Si hubo una consternacion general!

JUANITO. A mí me dió un síncope cuando me lo contaron. ¡Qué fiera!

DON LORENZO. Ahí está.

EL CONDE. ¿Ahí? (Dando un respingo, y mirando hacia atras.)

JUANITO. ¿Dónde? (Muy sobresaltado, mirando en todas direcciones.)

DON LORENZO. Trataba de ganar la frontera, y descubierto y perseguido por una pareja de la guardia civil, se ha refugiado en esta casa.

JUANITO. ¿Aquí?

EL CONDE. ¡Demonio!

DON LORENZO. ¡Ven ustedes qué desgracia la mia!

EL CONDE. Y usted ¿qué ha hecho?

DON LORENZO. ¡Toma! Recibirle, esconderle, desorientar y despedir con cajas destempladas á los guardias civiles que han llegado poco despues, echando el alma por la boca... Sí; ¡pues bonito es el niño para que se ponga uno mal con él!

EL CONDE. ¡Friolera!

JUANITO. ¡Digo!

DON LORENZO. ¡Un bárbaro que mata á su madre y á su mujer.

EL CONDE. ¡Y es tuerto!

JUANITO. ¡Pues si tuviera los dos ojos!..

EL CONDE. Trátele usted bien, don Lorenzo.

JUANITO. Con mimo, ¿eh? Con mucho mimo.

DON LORENZO. ¡A cuerpo de rey! Ya he dicho que le den de comer y de beber, y todo lo que pida.

JUANITO. Y, oiga usted, ¿es muy feo?

DON LORENZO. ¿Qué se yo? Si creerá usted que cuando uno tiene delante un hombre así, ve, ni oye, ni entiende.

EL CONDE. Y ¿está muy asustado?

DON LORENZO. Antes, un poco: ahora, tan fresco, y hasta chancero y decidor. Hablando queda con Quiroga.

EL CONDE. Los dos pueden entenderse muy bien.

DON LORENZO. Con que hay que ver como le ponemos en salvo.

EL CONDE. Si, no vayan á echarle el guante.

JUANITO. ¡Esos guardias civiles son tan sagaces y tan pícaros!

DON LORENZO. ¡Qué! Si han vuelto atras. Los engañé como á unos chinos. (Con risita de satisfaccion, restregándose las manos.)

EL CONDE. De todas maneras cuente usted con nosotros.

JUANITO. Todo lo que haya que hacer en obsequio de ese pobrecito...

DON LORENZO. Bien: gracias. Pero ¡qué mozo, eh? ¡Qué tigre!

EL CONDE. ¡Y vaya una policía! ¡Vaya un gobierno! ¡Haber dejado escapar á un mónstruo como ese! (Con tono declamatorio.)

JUANITO. ¡Si no se va á poder vivir en el mundo!

DON LORENZO. ¡Dios tenga piedad del género humano! (Saca la petaca, y enciende un cigarro.)

EL CONDE. }
JUANITO. } ¡Amen! (El Conde tomando un polvo, y Juanito echándose un caramelo á la boca. Breve pausa.

DON LORENZO. ¡Oh, Damian! (Viéndole cruzar el campo de izquierda á derecha.) ¡Y viene hablando solo! Algo trae. No faltaba más sino que éste me armase ahora otra pelotera. ¡Cuando él logre pescarme!.. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA DÉCIMA.

EL CONDE, JUANITO y á poco DAMIAN.

EL CONDE. Sabe usted, Juanito, que seria prudente buscar un pretèxto para salir corriendo corriendo de esta babel?

JUANITO. Yo estoy ya que se me puede ahogar con un cabello. Si, señor: vámonos.

DAMIAN. ¿Qué ha hecho don Lorenzo? (Con vehemencia, entrando por la segunda puerta de la derecha.)

EL CONDE. ¿Qué ha hecho?

JUANITO. (Enfadado viene.)

DAMIAN. Supongo que le habrá arrojado ya de aquí.

JUANITO. ¿A quién? ¿Al Tuerto? ¡Bueno fuera!

DAMIAN. ¿Qué Tuerto? Al señor Quiroga.

EL CONDE. ¿A Quiroga? ¿Está usted en su juicio?

DAMIAN. Pero ¿no lo sabe ya todo?

JUANITO. ¿Qué?

DAMIAN, ¿No sabe ya que ese hombre enamora á su hija?

EL CONDE. ¡Ah!

JUANITO. ¡Ah!

DAMIAN. ¿No se lo han dicho ustedes?

EL CONDE. Yo...

JUANITO. Nosotros...

DAMIAN. Pero ¿trataban ustedes de ocultárselo?

EL CONDE. ¡Toma usted las cosas de un modo!..

JUANITO. Es mucho que no pueda uno vivir en paz con tirios ni troyanos. (Muy apurado.)

DAMIAN. ¿Dónde está don Lorenzo?

EL CONDE. Está... Creo que se ha ido por allí.

JUANITO. Mire usted que el señor Quiroga nos ha manifestado su formal empeño de que no se le diga nada.

DAMIAN. Ya... sí... y por eso ustedes... (Procurando en vano reprimir su indignacion.) Doblemos la hoja. Basta.

EL CONDE. Yo se lo advierto á usted porque luego...

JUANITO. Nosotros le queremos á usted bien, y...

DAMIAN. De su cariño de ustedes y del cólera morbo líbreme Dios. (Dirigiéndose hácia la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA UNDÉCIMA.

DICHOS Y QUIROGA.

QUIROGA. Señor Ortiz... (Llamándole al aparecer en la segunda puerta de la derecha.)

DAMIAN. Caballero. (Deteniéndose ya cerca de la segunda puerta de la izquierda.)

QUIROGA. Tenga usted la bondad de oir una palabra.

DAMIAN. Diga usted. (Sin acercarse á él.)

EL CONDE. Juanito... (Dándole á entender que se deben ir.)

JUANITO. Ya verá lo que es bueno. (Bajo al Conde.)

EL CONDE. ¡Si no hace más que tonterías! (Vanse los dos por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA DUODÉCIMA.

DAMIAN Y QUIROGA.

(A gran distancia el uno del otro.)

QUIROGA. ¿Se ha encontrado usted en el camino á esa muchacha?

DAMIAN. Sí, señor. (Sin mirarle.)

QUIROGA. ¿Le ha contado á usted algo?

DAMIAN. Sí, señor. (Breve pausa.)

QUIROGA. ¿Quiere usted que seamos amigos?

DAMIAN. No señor. (Con rapidez.)

QUIROGA. Categórica es la respuesta.

DAMIAN. ¿Desea usted preguntar algo más?

QUIROGA. Si. ¿Qué piensa usted hacer?

DAMIAN. No es difícil adivinarlo.

QUIROGA. ¿Contárselo á su padre?

DAMIAN. Ahora mismo.

QUIROGA. ¿Si?

DAMIAN. Sí. (Con firmeza, pero sin arrogancia.)

QUIROGA. ¿Sabe usted á lo que se expone? (Damian, sin responderle, echa á andar. Quiroga, corriendo, llega primero que él á la segunda puerta de la izquierda.) ¡Eh, don Lorenzo! (Llamándole á voces.) Lorencito del alma, venga usted aquí.

DAMIAN. ¿Usted le llama?

QUIROGA. Yo.

ESCENA DÉCIMOTERCIA.

DICHOS y DON LORENZO.

DON LORENZO. ¿Qué se ofrece? ¡Damian! (Con disgusto, reparando en él.)

QUIROGA. El amigo Damian que tiene grandes cosas que revelarle á usted.

DON LORENZO. No quiero saberlas. No está ya hoy mi cabeza para más trapisondas.

QUIROGA. Es preciso que le oiga usted, y á mí, cuando él haya acabado. Hasta luego, hijo mio. (A don Lorenzo.) Hasta luego, señor Ortiz. (Con tono irónicamente amenazador.)

DAMIAN. Hasta luego. (Con firmeza y sin arrogancia como ántes. Quiroga se va por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA DÉCIMOCUARTA.

DON LORENZO y DAMIAN.

DON LORENZO. Ea, despache usted: ¿qué hay?

DAMIAN. ¿Qué cree usted que pasaria pudiendo el lobo cuando se le antojara acercarse á la oveja?

DON LORENZO. No lo sé. ¡No me sofoque usted por María Santísima!

DAMIAN. Por María Santísima tengo que sofocarle á usted.

DON LORENZO. Se quedará usted con la gana. Abur. (Retirándose.)

DAMIAN. Si no me diera usted lástima...

DON LORENZO. ¿Qué? (Deteniéndose.(

DAMIAN. Me daria usted risa.

DON LORENZO. ¡Damian! (Volviendo.) Esto va pasando de castaño oscuro. Usted abusa de mi benevolencia. Si ántes fué usted mi amigo, ahora—recuérdelo usted—ahora...

DAMIAN. Ahora no soy más que su criádo de usted. Pues bien; el criádo, viendo que en casa de su amo hay ladrones, y que su amo con el mayor sosiego del mundo duerme á pierna suelta, cree que le debe llamar, y le llama; pero el buen señor tiene sueño de plomo, y—¿qué remedio?—el criádo, le ase de un brazo, y le sacude violentamente, y con toda la fuerza de sus pulmones le grita: «Eh, vamos, abra usted los ojos, despierte usted, que sinó ántes de que haya usted sacudido ese maldito sueño, le habrán robado su tesoro.

DON LORENZO. ¿Qué me quiere usted decir? (Dando señales de vivo interes y turbacion.) No le entiendo á usted.

DAMIAN. Y el amo se mueve y habla al fin; pero áun no entiende á su criádo. ¡Ya se vé; de un sueño muy profundo no puede uno despertarse de golpe! ¡Su hija de usted ama á Quiroga!

DON LORENZO. ¡Jesús! (Con asombro y terror.)

DAMIAN. Con inocencia todavía: dé usted gracias á Dios. Quiroga ha osado proponerle que huya con él, para ser su manceba.

DON LORENZO. ¿Qué dice usted? ¡Si no es posible! ¡No es posible!

QUIROGA. El amo se restriega los ojos porque la luz se los ofende.

DON LORENZO. ¿No hace el amor á esa aldeana?

DAMIAN. Para vengarse de Adelaida que rechazó su vil intento.

DON LORENZO. ¿Quién le ha engañado á usted? ¿Quien le ha contado ese disparate?

DAMIAN. Su hija de usted me lo ha contado.

DON LORENZO. ¡Mi hija!

DAMIAN. ¡Está fuera de sí la cuitada! ¡Está celosa!

DON LORENZO. Pero ¡es verdad?

DAMIAN. El Conde y Juanito han sido testigos de su desesperacion.

DON LORENZO. ¡Ellos lo sabian!

DAMIAN. Sí, señor: lo sabian.

DON LORENZO. ¡Y no me han dicho nada!

DAMIAN. ¡Ca! no, señor: esos caballeros son muy hombres de bien.

DON LORENZO. Dios mio, ¡si no puedo creerlo!

DAMIAN. ¿No puede usted creer que un infame haga infamias? ¿Qué diablos puede usted creer?

DON LORENZO. ¡Habiéndole recibido en mi casa! ¡Habiéndole tratado como á un amigo!

DAMIAN. Por eso cabalmente. Depositar confianza en un bribon de quien sabe uno que no la merece, ¿qué es sino autorizarle para que abuse de ella?

DON LORENZO. Pero si usted no comprende aún toda la odiosidad, de su culpa. De su culpa, sí: de su crímen. ¡Damian!... ¡Qué horror!.. (Sin atreverse á continuar.) ¡Damian!.. ¡Es casado! (Con acento de desesperacion.)

DAMIAN. ¡Casado!

DON LORENZO. Allá en América... Un matrimonio secreto... Una de las suyas... Se valió de mí...

DAMIAN. ¡Y usted le ayudó tambien entónces?

DON LORENZO. Dejó abandonada á su mujer... Volvió á España sin ella... Quiso que le guardara el secreto... Me rogó que nada dijese...

DAMIAN. Y ¿usted no dijo nada? ¿Y ese hombre ha podido obtener de una y otra cándida virgen que le admitiese por amante con la legítima esperanza de que el amante se trocara en esposo? ¡Y usted, conociéndole, usted, no satisfecho con tan aborrecible engaño, coge de la mano al seductor, y le trae

á su casa? ¡Dios justiciero! Necesitaba un cómplice el seductor... ¡Le halló en el padre de la víctima!

DON LORENZO. ¡Damian, por compasion!

DAMIAN. Que se hagan picardías por algo que se apetezca ó ambicione, ya me lo explico, ya lo entiendo: el hombre tiene pasiones violentas y ruines apetitos: pero que se hagan sin necesidad, ni provecho, ni gusto, ¡vive Dios que esto es lo que no puedo entender! La infamia bien retribuída me indigna ménos que la infamia de balde.

DON LORENZO. Bien... si; pero no perdamos el tiempo. Yo estoy aturdido... Aconséjeme usted... ¿Qué le parece á usted que hagamos?

DAMIAN. ¿Qué hemos de hacer? Dejar que ese caballero siga adelante en el empeño de seducir á su hija de usted. Y miéntras lo consigue, nosotros diremos que no somos Quijotes, y nos lavaremos muy bien las manos, y declamaremos contra los males de la sociedad á lengua batiente. Verá usted.

DON LORENZO. ¡Damian!

DAMIAN. ¡La sociedad está perdida! (Imitando el tono declamatorio de don Lorenzo, y paseando muy de prisa como él acostumbra hacerlo) ¡La corrupcion es universal! ¡No hay quien pueda con los bribones! ¡Desdichados de los hombres de bien! ¿Quiere usted un cigarro? (Sacando la petaca y ofreciéndoselo.)

DON LORENZO. ¡Es usted implacable!

DAMIAN. Señor don Lorenzo, aquí estoy á su lado de usted; disponga usted de mí, de mi vida.

DON LORENZO. Gracias: Dios se lo premie á usted. ¿Qué haremos?

DAMIAN. ¿Qué? Sacarle de aquí arrastrando.

DON LORENZO. ¡Por los clavos de Cristo!.. Eso no... Merecia que le matase... Es verdad... (Con ira.) Pero más ruido... (Cambiando de tono,) Otro escándalo... Ya sabe usted que los hombres de bien no servimos para estas cosas.

DAMIAN. ¡Dale! Ya sé que los hombres de bien no sirven para nada.

DON LORENZO. Bastante grande es mi desdicha. No la empeoremos en vez de remediarla. Calma... Prudencia...

DAMIAN. No, no; si hay que tener prudencia, no cuente usted conmigo: yo — bendito Dios — no la gasto.

ESCENA DÉCIMOQUINTA.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA. ¡Charlando todavía! (Apareciendo en la segunda puerta de la derecha.)

DON LORENZO. ¡Eh! (Como asustado de la impudencia de Quiroga.)

QUIROGA. ¿Va á durar la plática hasta el dia del juicio? (Desde la puerta.)

DON LORENZO. Pero ¿es creible su impudencia? (Bajo á Damian.)

DAMIAN. Si no mirara... (Como si quisiera arrojarse sobre Quiroga.)

DON LORENZO. ¡Quieto! (Bajo, conteniéndole.) Yo soy quien debe confundirle. Déjeme usted solo con él.

DAMIAN. Que se vaya al punto de aquí ó de nada respondo.

DON LORENZO. Se irá. (Vase Damian por la segunda puerta de la izquierda, dirigiendo á Quiroga miradas de amenaza.) (No sé qué experimento al verle.) (Manifestando turbacion y terror.)

ESCENA DÉCIMOSEXTA.

DON LORENZO y QUIROGA.

QUIROGA. El señor Ortiz le ha contado á usted que su hija me quiere (Acercándose á él.)

DON LORENZO. Con efecto... eso me ha contado, y como usted ve, el asombro y la indignacion apénas me permiten hablar.

QUIROGA. Razon sobrada tiene usted para enojarse. Yo en su lugar de usted, me hubiera irritado más todavía.

DON LORENZO. Celebro en el alma, caballero, que usted reconozca el derecho que me asiste á pedirle severa cuenta de proceder tan incalificable.

QUIROGA. Lo que es yo, á decírseme que un hombre casado galanteaba á una hija mia, creo que sin darle tiempo á disculparse, le hubiera acogotado.

DON LORENZO. (¿Se burla este demonio?)

QRIROGA. Usted como persona de juicio no habrá podido ménos de considerar que las apariencias engañan, y que no se debe condenar á nadie sin oirle primero.

DON LORENZO. ¿Siendo cierta la culpa ¿qué alegará usted en su abono?

QUIROGA. Calma, y óigame usted.

DON LORENZO. Enhorabuena: veamos lo que usted se atreve á decirme.

QUIROGA. Pues ya sabe usted que su hija es hechicera.

DON LORENZO. ¿Y qué?

QUIROGA. Que yo solia echarle flores. No trato de atenuar mi falta; pero cuando uno está al lado de una mujer bonita, ¿qué ha de hacer?

DON LORENZO. (No podré contenerme.)

QUIROGA. Adelaida lo tomó por lo serio, y se enamoricó de mí.

DON LORENZO. Adelante. (Dando señales de impaciencia.)

QUIROGA. ¿Qué remedio? Resolví dejarme querer.

DON LORENZO. ¿Sí? (Exasperado.)

QUIROGA. Si, señor: en obsequio de ella y de usted.

DON LORENZO. A ver, explíqueme usted ese acertijo.

QUIROGA. Me figuré que aquello no seria más que fugaz capricho de niña, y que no oponiéndole resistencia, pasaria más pronto. Me equivoqué. ¡Ay, amigo mio, no hay en la tierra dos mujeres iguales! Creí llegado el caso de romper con ella bruscamente, y al efecto le dije que yo tenia hecho voto de no casarme nunca. ¡Me parece que el sinapismo!.. Pues señor, tampoco este sinapismo dió el resultado apetecible. Se la trajo usted aquí. Vi el cielo abierto. Pero cuando vine con intencion de hacerle á usted una visita de media hora, usted se empeñó en que me detuviera algun tiempo á su lado. Y ¡qué terco se puso usted! Si aquel dia soy basilisco, le mató á usted con los ojos. Me quedé para completar mi obra enamorando á esa zafia campesina en quien habia reparado al venir. Era otro sacrificio. ¿Y qué? Yo no debia omitir ninguno, á fin de corresponder como buen caballero á la amistad de que á usted soy deudor, curando radicalmente á su hija. ¿Qué tal? A ver, santo varon; dígame usted que más podia yo haber hecho.

DON LORENZO. (¡Si es cosa de matarle!)

QUIROGA. ¿No responde usted? Cuando presumí que se me darian las gracias...

DON LORENZO. (¡Esto más!)

QUIROGA. Que se me tenderian los brazos...

DON LORENZO. Pero ¿se burla usted?

QUIROGA. ¿Burlarme? ¿Duda usted acaso de la sinceridad de mis palabras? ¿Le parece á usted que á ser mi intencion conseguir favores de Adelaida, no los hubiera conseguido? Mal me conoce usted, muy mal; y ¡vive Dios! que si me hiciera usted caer en la tentacion de probarle que se equivoca..

DON LORENZO. No, no, si yo no dudo... pero...

QUIROGA. Pero ¿qué? Hable usted con franqueza.

DON LORENZO. ¿Por que no declaró á mi hija que era casado?

QUIROGA. ¡Revelar á una muchacha mi secreto!

DON LORENZO. ¿Y porqué no me dijo usted á mí lo que sucedia?

QUIROGA. Por que entónces usted se lo hubiera revelado. Áun ahora temo que falte usted á la palabra que me tiene dada; y no estará demas advertirle que si á ella faltase alguna vez... (Con tono de amenaza.)

DON LORENZO. (¡Caramba, y yo que se lo he dicho al otro!) (Con susto.)

QUIROGA. Ahora, en prueba de mis hidalgas intenciones, estoy resuelto á obedecerle á usted con los ojos cerrados. ¿Sigo enamorando á esa chica ó me voy? Elija usted...

DON LORENZO. Yo preferiria...

QUIROGA. Que me fuese ¿verdad?

DON LORENZO. ¿No cree usted que esto seria lo más acertado?

QUIROGA. Yo haré lo que usted mande. Acabo de hablar con ese hombre, á quien persigue la justicia. Me ha conmovido: yo compadezco todo género de infortunios. Verá usted lo que se puede hacer. Ustedes, á la hora de costumbre, se acuestan; y allá á las dos ó las tres de la madrugada, tomo su coche de usted; con un traje de cochero se encarga de guiarle ese hombre, y nos vamos juntos los dos..

DON LORENZO. Bien: por mi...

QUIROGA. Pero convendrá que con alguna anticipacion salgan delante de nosotros á pié Miguel y Antonio, á fin de que vayan explorando el camino, y puedan avisarnos de cualquier peligro que pudiera haber en seguir adelante, ó darnos ayuda en caso de necesidad. En Irun recogerian el coche y se volverian con él. ¿Eh?

DON LORENZO. Bueno; sólo que como todavia no tengo aquí más que esos dos criádos...

QUIROGA. ¿Y qué? No se han de ir hasta que ustedes se hayan acostado, y á las nueve de la mañana estarán ya de vuelta.

DON LORENZO. Corriente. (¡Con tal de que se vaya!..)

QUIROGA. ¡Ah! Otra cosa. Oyéndole á usted hablar de sus viajes, he resuelto visitar este año gran parte de Europa. Dos mil duros le trajeron á usted dias pasados de San Sebastian: deme usted mil.

DON LORENZO. ¿Qué?

QUIROGA. En Madrid se los devolveré á usted cuando nos veamos.

DON LORENZO. Pero...

QUIROGA. ¡Cómo! ¿No quiere usted dármelos? Enhorabuena. Está usted en su derecho. Pero no será porque desconfie usted de mí, ¿eh? ¡Si tal supiera!..

DON LORENZO. No, señor, no... sino que...

QUIROGA. Hasta ahí podian llegar las bromas.

DON LORENZO. Pero si yo...

QUIROGA. Pediré á Madrid ese dinero por telégrafo... ¡Verdaderamente que no he dado en toda mi vida mayores pruebas de paciencia! Supongo que por dos ó tres dias más que yo este aquí.,.

DON LORENZO. No, si usted no ha entendido... Es que no recordaba si tenia con efecto ese dinero disponible. Con que ¿mil duros?

QUIROGA. Ya no los tomo: no señor.

DON LORENZO. Le aseguro á usted...

QUIROGA. ¡Porque he dado á un padre cierto género de explicaciones, se figuran que voy á dejarme sopapear!

DON LORENZO. Vamos, ¡por favor!

QUIROGA. ¡Le he dispensado á usted ya tantos!

DON LORENZO. Uno más. Hombre, ¡admita usted ese pico por el amor de Dios!

QUIROGA. ¡Qué pesadez! Lo admitiré. ¡Hagamos el último sacrificio. Ya puede usted agradecérmelo.

DON LORENZO. Seguramente... (¡Maldito seas!) ¿Los quiere usted ahora?

QUIROGA. No hay prisa: tráigamelos usted.

DON LORENZO. Al momento. (Dirígese hácia la segunda puerta de la izquierda.) (¡Mil duros ¡En fin, que se vaya!)

QUIROGA. ¡Chis! (Llamándole.) ¡Don Lorenzo! En oro, ¿eh?

DON LORENZO. Por supuesto, en oro. (¡Qué bribon, Dios mio, qué bribon!! (Vase por la puerta antes indicada.)

ESCENA DÉCIMOSÉPTIMA.

QUIROGA.

¿Qué seria de uno si en el mundo no hubiera hombres tan de bien como ese? A fé que es un bendito. (Breve pausa.) Algo caro se hace pagar el Tuerto. Si él no está ahora en la situacion más á propósito para acometer nuevas aventuras, yo en cambio le proporciono disfraz y medios convenientes para la huída. ¿Qué importa? Le daré lo que pide. A bien que paga Don Lorenzo. Adelaida ha de arrepentirse de haberme obligado á quererla, para reirse luego de mi. No veo el instante de humillarla y desgarrarle el corazon. Andrea es divina: su humildad, su candor, hacen de ella un tipo singularísimo que yo no conocia hasta ahora. Por mi vida, que no me vengo mal.

ESCENA DÉCIMOCTAVA.

QUIROGA y DAMIAN.

QUIROGA. (Hola, el señor Ortiz. (Viéndole entrar por la puerta segunda de la izquierda.) Despachemos con este. Buenas ganas le tengo, y siquiera se ha de llevar un susto. Por otra parte, si no le hago mio por el miedo, conviene lisiarle un poco para que no pueda estorbar.) ¿Sabe usted lo que digo, señor Ortiz?

DAMIAN. ¿Qué dice usted? (Acercándose muy tranquilo.)

QUIROGA. Que soy grande apasionado de la simetría, bien que sin negar que por sí sola no constituye la belleza.

DAMIAN. ¿Tambien de estética sabe usted algo? Es usted un pozo de ciencia.

QUIROGA. Digo, pues, que cualquiera falta de simetria me lastima los ojos. Y de ahí que no pueda ver con sosiego las piernas de usted: por lo cual, me ha de permitir que le tuerza la que áun tiene derecha, para que las dos se queden iguales.

DAMIAN. Eso no seria difícil. ¡Ojalá que con tanta facilidad se pudiese enderezar un alma torcida!

QUIROGA. Sepamos: ¿con qué prefiere usted que se le haga la operacion: con plomo ó con acero?

DAMIAN. Usted intente corregir mi deformidad con acero ó con plomo, segun lo que le parezca mejor, que yo, á mi vez, procuraré hacerle á usted análogo servicio con lo primero que halle á mano.

QUIROGA. Creo que no me ha entendido usted. Le propongo un duelo. A mis ojos todos los hombres son iguales.

DAMIAN. A los mios no: á los mios se diferencian mucho los hombres por defuera: más aún por de dentro.

QUIROGA. Vendremos de todos modos á parar en que batiéndose conmigo, será usted el honrado.

DAMIAN. Tratar con intolerable altivez á los hombres el mismo que los declara iguales, no es cosa tan rara que pueda coger á nadie de susto.

QUIROGA. ¿Hay gran vanidad en presumir que yo valgo un poco más que usted?

DAMIAN. Segun y conforme. No se mide bien á los hombres sino midiéndolos por el alma, y así medidos, puede resultar el que parecia pequeño, grande, y el que parecia grande, pequeño.

QUIROGA. El diablo que le entienda á usted, señor Ortiz: unas veces, absolutista, y otras veces demócrata.

DAMIAN. Ahí verá usted. Consecuencias de no haber vuelto á estudiar nada de política desde que aprendí en la escuela el catecismo de Ripalda.

QUIROGA. En resúmen: ¿quiere usted batirse conmigo?

DAMIAN. No señor.

QUIROGA. ¿Prefiere usted que le apalee?

DAMIAN. Ménos todavía.

QUIROGA. ¿Qué he de hacer entónces?

DAMIAN. Dejarme en paz.

QUIROGA. Mucho teme usted á la muerte.

DAMIAN. Como que me hace falta la vida para seguirle á usted los pasos.

QUIROGA. ¿Tiene usted apego al oficio de polizonte?

DAMIAN. Si el mundo estuviera bien constituido, ¿qué oficio más honroso que el de vigilar á los malos para que no pudieran dañar á los buenos?

QUIROGA. Y de mí ¿qué es lo que usted recela?

DAMIAN. Se que piensa usted partir esta noche con un bandido.

QUIROGA. Y de eso ¿qué deduce usted, cojitranco de los demonios?

DAMIAN. Nada. Usted, con arreglo á sus teorías sobre la igualdad de los hombres, imaginará sin duda que de usted á un bandido no va el canto de un duro.

QUIROGA Será preciso valerme del palo, y no de las manos porque temeria manchármelas.

DAMIAN. Don Lorenzo... En fin, don Lorenzo es todavía mi amo nada debo decir de él. Dios le ayude. Pero si don Lorenzo nada ha sospechado, ó nada ha querido sospechar, yo á quien jamas pareció dama de mucha sinceridad la filantropía, necesariamente he debido estimar algo sospechoso, ese filantrópico anhelo de salvar con riesgo propio á un foragido, tomando para ello muy singulares precauciones. Ni podrá nadie, que no sea pariente del vecino más famoso de Coria, imaginar de usted que, teniendo á nuestros ojos empeñada su vanidad de seductor incomparable, va á marcharse buenamente de aquí, sin procurar por algun medio rescatarla; sin dejar en el camino rastro de vergüenza y dolor, como señal de su nueva lucha y victoria. ¿Quién es la amenazada? ¿La aristocrática señorita ó la moza plebeya? ¿Qué género de riesgo amenaza á la una ó la otra? Confieso que áun no lo adivino. Pero en todo caso, tal vez habrá usted raciocinado así: «Este Damian, este cojitranco de los demonios ha osado ya provocar mi furor, y puede ser obstáculo á la ejecucion de mis planes: conviene, pues, por ambos motivos vencerle con el miedo ó inutilizarle con algun daño.» ¿Digo bien? ¿He puesto el dedo en la

llaga? De fijo que si: lo juraria, segun lo que aprieta usted los dientes. Pues ha echado usted sus cuentas sin la huéspeda. Quizá en otra ocasion, por el afan de conseguir la honra con que usted se digna brindarme, hubiera acallado los escrúpulos de una conciencia pusilánime y ruin; pero hoy que veo amenazado al desvalido por aleve opresor, ya que arriesgue mi vida, quiero arriesgarla con provecho. Usted, sin duda, puede atentar á ella, dejándose de vanas formalidades; y por si tal designio llegase usted á concebir, leal y caritativamente debo advertirle que mire bien lo que hace, que procure acabarme de un solo golpe, de uno solo; porque si alguna vida me queda, aunque no sea más que un poco de vida, con ese poco me ha de bastar para arrancarle á usted el corazon, y cumplir mi antojo de ver qué hechura tiene un corazon tan execrable.

QUIROGA. Á los insultos de usted ¡villano! sólo puedo yo dar una contestacion: esta. (Ciego de ira, levantando la mano para dar á Damian una bofetada.)

DAMIAN. Pues esa contestacion ¡canalla! no se me da á mí! (Sujetando á Quiroga el brazo con una mano.)

QUIROGA. ¡Oh, suelte usted! (Como fuera de sí.)

DAMIAN. Ya que otra cosa no, debo á la naturaleza nervios capaces de hacerle á usted polvo los huesos. (Oprimiéndole fuertemente el brazo, y soltándole despues con violencia.)

QUIROGA. ¡Va usted á morir! (Retirándose. Toma de encima de la mesa el baston, y desnuda el estoque para acometer con él á Damian.)

DAMIAN. ¿Cuál de los dos? (Cogiendo una silla, y levantándola en el aire

ESCENA DÉCIMONONA.

DICHOS, DON LORENZO, y despues EL CONDE y JUANITO.

(Don Lorenzo entra por la segunda puerta de la izquierda con dos lios de dinero en la mano.)

DON LORENZO. ¡Oh! (Dando un grito al ver a Quiroga y Damian.) ¡Damian! ¡Quiroga! (Dejando el dinero en una mesa y acercándose á ellos.)

EL CONDE. ¡Ya se armó! (Entrando por la segunda puerta de la derecha.)

JUANITO. ¡Jesucristo! (Entrando por la misma puerta.)

DON LORENZO. ¡Quiroga, por Dios! (Acercándose á él.)

QUIROGA. ¡Ese hombre ha osado ultrajarme horriblemente! ¡Ese hombre ha puesto en olvido que yo soy un caballero y él un criádo infame!

DAMIAN. ¡Terrible calamidad que en una sastrería se pueda hacer un caballero!

QUIROGA. Señor don Lorenzo, todavía estoy en su casa de usted: castigue la insolencia de ese criádo, ó despues de matarle á él, tendré que pedirle á usted cumplida satisfaccion de la injuria.

DON LORENZO. Dice bien el señor Quiroga, Damian: en mi casa...(Yendo hácia él.)

DAMIAN. En su casa de usted no respetaré ni á usted mismo, si llega su avilantez al extremo de aparentar enojo contra quien le defiende, por halagar á quien ha querido corromper á su hija.

QUIROGA. Prohíbale usted decir una sola palabra más: prohíbaselo usted.

DON LORENZO. ¡Silencio, Damian! Yo sé quien es este caballero y...

DAMIAN. Usted sabe y dice que es un pícaro redomado.

DON LORENZO. ¿Yo!

EL CONDE. ¡Qué insolencia!

JUANITO. ¡Qué hombre!

DAMIAN. Y tambien el señor Conde, y tambien este caballerito le tienen á usted por un tunante.

JUANITO. }
EL CONDE. } ¿Yo?

QUIROGA. Si estos caballeros han dicho eso de mí, no me lo negarán cara á cara.

EL CONDE. ¿Puede usted creer?.. (Yendo hácia él lleno de espanto.)

JUANITO. Trata de enzarzarnos para sacar el ascua con mano ajena. (Yendo tambien hácia Quiroga con los brazos abiertos y muy compungido.

DON LORENZO. Está delirando. ¿No lo conoce usted? (Acercándose tambien a Quiroga lleno de ansiedad.)

DAMIAN. Desenójenle ustedes: humíllense ustedes. Dicen algunos que primero fué mono el hombre; y dicen bien, porque se ve que el hombre vuelve ahora á ser mono.

EL CONDE. Estamos en su casa de usted, don Lorenzo. (Enérgicamente.)

JUANITO. Lo mismo que dijo a usted ántes Quiroga le decimos á usted nosotros.

QUIROGA. Yo le castigaré. (Queriendo ir hácia Damian. El Conde y Juanito le detienen.)

DON LORENZO. Váyase usted, Damian. Salga usted de mi casa.

DAMIAN. No ha echado usted al otro: echarme á mí es hacerme justicia. Pero sépalo usted: ese hombre medita una infamia.

QUIROGA. ¿Lo ve usted? ¡Quiere que le asesine! (Queriendo arrojarse sobre Damian. Don Lorenzo, el Conde y Juanito le detienen.)

DON LORENZO. Déjele usted.

EL CONDE. No le haga usted caso.

JUANITO. Despréciele usted como yo.

DAMIAN. ¡Una infamia! Quizá contra la hija de aquel anciano desvalido: quizá contra su hija de usted. ¡Ay de la una ó de la otra!

QUIROGA. Suéltenme ustedes y acabaré con él: sinó — véanlo ustedes — me va á matar á mi el coraje. (Trémulo y ahogado por la ira.)

DON LORENZO. Cálmese usted, amigo mio. (Con la mayor solicitud.) ¡Salga usted al momento! (Furioso, á Damian.)

EL CONDE. ¡Tiene usted los ojos inyectados de sangre! (Observándole con ansiedad.) ¡Fuera de aquí! (Muy irritado, á Damian.)

JUANITO. ¡Le arde á usted la frente! (Tocándosela.) ¡Salga usted, asesino! (A Damian con vehemencia.)

DON LORENZO. Siéntese usted. (Acercando apresuradamente una silla, y haciendo que Quiroga se siente.)

EL CONDE. Recline usted en mí la cabeza. (Hincando una rodilla en el suelo, y haciendo que Quiroga recline la cabeza en uno de sus hombros.)

JUANITO. ¡Quieto por piedad! (Sujetándole con la mano izquierda para que no se levante. Con la derecha saca del bolsillo del pecho un abanico y hace aire con él á Quiroga.)

DAMIAN. ¡Señor, para el desdichado que va ciego á la culpa, toda tu infinita misericordia! ¡Toda tu infinita justicia para el vil que se prostituye por miedo! No tienen cielo y tierra enemigo mayor que la cobardía. (Da un paso hácia el foro y se detiene.) ¡Hé ahí los hombres de bien á los piés del malvado! (Señalando al grupo que forman Quiroga y los otros tres personajes. Encamínase precipitadamente hácia la segunda puerta de la derecha.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Un jardin. A la izquierda un ángulo saliente de la casa de don Lorenzo: en la fachada que mira á la derecha, puerta de salida al jardin, al cual se baja por una escalera de piedra de cuatro o cinco escalones con barandilla; á cada lado de esta puerta, una ventana, y otras tres correspondientes al piso principal: en la parte de fachada que da vista al público, una ventana alta y otra baja, la cual se abre á su tiempo dejando ver una habitacion, en que habrá una mesita arrimada á la ventana y otros muebles. A la derecha, un banco de jardin al pié de un árbol. En el foro, una verja que da salida al campo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ADELAIDA.

¡No sé qué hago! ¡No sé qué es de mí! ¡Cuánto pensar! ¡Cuánto padecer! ¡Qué horrible campo de batalla esta cabeza! Mi corazon, ¡qué infierno! (Breve pausa.) Se va. ¿Solo? ¿Con Andrea? ¡Todo ménos que se vaya con esa mujer! Ni solo quiero que se vaya. ¿Qué, no hay en el mundo más mujeres que Andrea? ¿Con que le amo? La duda es singular. ¿Con que estoy celosa? Tal vez. ¿Habrá sentido nunca nadie celos como los mios? Y amar á quien nos odia y ultraja, ¿qué es? Una locura como todas. Más locura que todas. Conozco mucha gente que llora con motivo ó sin él. ¡Felices los que llorando se desahogan! Yo creo á veces que al fin suben lágrimas á mis ojos; pero mis ojos se resisten á echarlas fuera, y vuelven cual plomo derretido á devorarme las entrañas. Yo, aunque padezca horriblemente... yo no puedo llorar. Hoy ménos que nunca. El

llanto es un consuelo, y no le hay para un dolor sin esperanza. La desesperacion no llora. Me reiré por hacer algo. ¡Si por hacer algo me pudiese morir! ¡No! ¡Tampoco! E suplicio es tremendo. Pero no, nada: este cuerpo mezquino, todavía de pié: esta máquiua deleznable, entera todavía. (Déjase caer en el banco. Pausa. Damian, al otro lado de la verja, mira atentamente hácia donde está Adelaida, permaneciendo un rato indeciso.)

ESCENA SEGUNDA.

ADELAIDA y DAMIAN.

DAMIAN. Adelaida. (Llamándola sin esforzar mucho la voz.)

ADELAIDA. ¡Oh! (Levantándose sobresaltada.) ¿Quién?

DAMIAN. Yo: Damian.

ADELAIDA. ¡Ah! (Reponiéndose.)

DAMIAN. Señorita, una palabra por favor.

ADELAIDA. Entre usted. (Abriendo la verja.)

DAMIAN. ¿Usted aquí á estas horas? (Entrando.) ¿Lo sabe su padre de usted?

ADELAIDA. Tiempo há que mi padre me dejó encerrada en mi habitacion, guardándose la llave.

DAMIAN. Entónces ¿cómo la hallo á usted en este lugar?

ADELAIDA. Las señoritas que nos hemos educado á la inglesa contamos con audacia y agilidad bastantes para más ardua empresa que la de salir de un aposento, aunque esté cerrado, si en el aposento hay un balcon, y junto á él una parra levantada sobre armazon de hierro y madera.

DAMIAN. Y ¿á qué ha sido abandonar usted su habitacion de ese modo? No me niegue usted el derecho de preguntárselo.

ADELAIDA. ¿Á qué? ¿Lo sé yo por ventura? No queria estar encerrada... Queria ver qué hace ese hombre... si con efecto se va... si con efecto se va solo. ¿Y usted? Imaginaba que ya estaria usted muy léjos de aquí.

DAMIAN. Mal me conoce usted, Adelaida. Él se ha de ir ántes que yo. No han permitido Andrea y su padre que los deje un mo-

mento solos en todo el dia ni en toda la noche, hasta que poco hace me he venido á contemplar los muros de esta casa, como si por ellos quisiera adivinar las intenciones de Quiroga. ¿Las ignora usted completamente? ¿No las presume usted siquiera? Respóndame usted.

ADELAIDA. Las ignoro: no las presumo. Tiemblo, sin embargo. El alma con misteriosa voz me grita que deho temblar.

DAMIAN. Quizá usted más que nadie.

ADELAIDA. ¿Por qué?

DAMIAN. Si usted me permitiese hablarla cual si fuera su amigo.

ADELAIDA. Perdóneme usted, Damian, que siempre le haya tratado con injusticia. Quien no está satisfecho de sí, ¿de quién lo estará? Perdóneme usted, y sienta yo alguna vez entre las mias la mano de un hombre noble y generoso. (Estrechándole la mano.)

DAMIAN. ¿Noble... generoso? No tal. La sangre algo caliente... los nervios algo levantiscos... y he aquí toda mi generosidad y nobleza. Pero acepto la honra de figurarme por esta sola noche que soy su amigo, su hermano de usted. Adelaida, ¿ama usted aún á Quiroga?

ADELAIDA. Verá usted qué amiga, verá usted qué hermana tiene usted tan despreciable y tan odiosa. No le quiero aún: le quiero más.

DAMIAN. ¿Está usted segura de lo que dice? ¿Es usted capaz de amar á un hombre casado?

ADELAIDA. ¡Casado! ¿Quién? (Con profunda estrañeza.)

DAMIAN. ¿No lo sabe usted todavía? ¿No lo sabe usted por su padre?

ADELAIDA. Mi padre lleno de turbacion y angustia, me ha repetido muchas veces que ese hombre no podia casarse. (Hablando rápidamente con viva agitacion.) Creí que aludia á su falta de creencias á su impiedad. ¿Dice usted que es casado? Damian, ¿dice usted eso?

DAMIAN. ¡Adelaida! (Con espanto.) Domine usted su agitacion.

ADELAIDA. No dice usted eso ¿verdad? ¡Esta noche me asaltan de pronto unos delirios!

DAMIAN. Se casó en América, y allí abandonó á su mujer.

ADELAIDA. Pero—¡Dios me valga!—¿Es casado ese hombre? (Con arrebato

de indignacion y angustia.) ¡Casado! ¿Con que áun podia yo ser más desventurada? ¿Con que no hay desdicha que por grande que sea no pueda ser todavía más grande? ¡Casado! Y si uno llega á odiar la vida, y da la vida en no acabarse, ¿qué remedio? Cuando la carga es insufrible, bien hace el que la arroja.

DAMIAN. Ahora, Adelaida, ahora empieza usted á delirar.

ADELAIDA. Si voy creyendo que tiene razon ese malvado al asegurarme que el cielo está vacío. Alienta aún ese malvado. ¿Cómo ha de haber nada allá arriba?

DAMIAN. ¿Dudará usted de Dios?

ADELAIDA. Pues amando á Quiroga, ¿de qué no quiere usted que yo dude? Vamos á ver, ¿de qué?

DAMIAN. Arranque usted ese ponzoñoso amor de su pecho.

ADELAIDA. Creo en la fatalidad: en la fatalidad solamente. (Quédase como abstraída en austera cavilacion.)

DAMIAN. Se castiga al ladron que roba dinero, y se deja en paz al ladron que arrebata á un alma la fé.

ADELAIDA. Dicen que soy hermosa: (Como hablando consigo misma.) dicen que no hay mujer más elegante que yo: en Paris me toman por francesa; por inglesa, en Lóndres; por italiana, en Roma: el más hábil y alentado ginete muy rara vez conseguirá dejarme atras en la carrera: si toco el piano, causo entusiasmo verdadero: conozco libros de todas épocas y naciones: mi dote puede dar envidia á la hija de un príncipe: ¿Cómo no habian de admirarme, cómo no me habian de amar los hombres? Muchos me amaron. Á ninguno amé yo. El que no me parecia niño, parecíame viejo: desdeñaba al humilde, irritábame contra el poderoso; amante grave y circunspecto ó vehemente y volcánico, por igual me hacian reir. Mi burla, más que el activo encono de sus adversarios políticos, fué parte á desacreditar y hundir á un hombre de mérito que tuvo en la cumbre del poder la flaqueza de aspirar á mi mano. Quísome un pintor que amenazaba robar laureles á Murillo, y heló mi burla primero su inspiracion, despues la sangre de sus venas. Me afligió unos dias su muerte: fué luégo pábulo á mi orgullo. Las mucha-

chas amigas mias, empleadas constantemente en fútiles devaneos, me contemplaban con asombro; yo á ellas, con lástima. Todo el mundo me llamó la niña de piedra. Acabóse en mí de este modo esa edad de las ilusiones que se cree dulce y halagüeña: llegué á la edad de la fria razon: cumplí veinticinco años sin que mi corazon hubiese dado un latido solo de amor... Pues mire usted para quién se guardaba el insensato. (Impetuosamente con amarga ironía.) Para ese hombre se guardaba: para quien habia de cubrirle de luto y de vergüenza. Desprecio al más rico, al más ilustre, al más hidalgo y bueno; detesto á quien me adora, y—véalo usted—al único digno de implacable ódio y desprecio, á ese amo: adoro á quien al solicitar mi cariño, no siendo libre, me hace la injuria más atroz que nunca pudo hacerse á una mujer honrada. Si esto no es fatalidad. ¿qué es? Dígalo usted, Damian. Quiero saber qué es esto. ¡Oh! Sí, no hay duda: por fin logro llorar. (Pasándose una mano por los ojos.) Llanto de fuego; pero llanto. ¡Ay, Damian, qué desdichada soy! (Rompiendo á llorar con la mayor angustia, y apoyando la cabeza en un hombro de Damian.)

DAMIAN. Si, muy desdichada. ¿Fatalidad? No. Fruto de la soberbia es la desgracia y la ignominia que usted llora. De la soberbia, Adelaida, que parece que le hace á uno subir, por el afan y las angustias con que le hace bajar. La humildad al revés: con ella parece que bajamos cuando vamos subiendo. Sea usted humilde, y podrá salir del abismo en que se ve ahora hundida: soberbia, todavía puede usted hundirse más en el lodo. Una grande ignominia origínase facilmente de una gran vanidad.

ADELAIDA. Ya es tarde: ya no hay salvacion para mí.

DAMIAN. Quiso Dios que para volver á él no fuese nunca tarde. El momento que basta á que en las tinieblas de una vida entera se haga la luz, ¿con qué reloj podrá medirse? Unicamente con el reloj de la Infinita Misericordia. Usted pone ahora el pié en el mundo: su culpa tiene fácil remedio. Vuelva usted en sí! Por la memoria de su madre.

ADELAIDA. ¡Mi madre! No la conocí apénas. ¡Oh, si ella me hubiera vivido!.. Mi Padre me confió á manos mercenarias.

DAMIAN. Y ¿por qué? Porque anhelaba que su hija recibiese la más brillante educacion.

ADELAIDA. Me abandonó para hacer viajes de años enteros.

DAMIAN. Porque á toda costa queria aumentar los bienes de su hija.

ADELAIDA. No puso dique á mis malos instintos: no corrigió mis faltas.

DAMIAN. ¡Porque era usted su única hija, y la amaba con frenesí!

ADELAIDA. Conocia á ese inicuo, y le trajo á mi lado.

DAMIAN. ¡Adelaida! El padre es el que ha de juzgar á su hijo, y no el hijo á su padre. (Con severidad y enojo.) Adelaida, no sea usted mala hija, por Dios. (Con ternura, llorando.)

ADELAIDA. ¡Pero si le amo, Damian, si le amo! ¡Si es muy cruel mi desventura! ¡Si no hay consuelo para mí! (Rompiendo otra vez á llorar)

DAMIAN. ¿Cómo ha de haberlo, cómo? Se aleja usted de Dios, y no tiene el dolor otro compañero. Y si Quiroga intentase arrastrarla á mayor oprobio, ¿quién la defenderia á usted de sí misma? ¿Quién refrenaria los villanos impulsos de un pecho descreido?

ADELAIDA. Yo sola me basto á salvar mi honra. No nací yo para manceba. (Enérgicamente.)

DAMIAN. ¡Insensata! La mujer impía, ¿para qué más puede haber nacido?

ADELAIDA. ¡Silencio! (Mirando hácia la ventana baja de la parte de fachada que da frente al público.)

DAMIAN. Venga usted. (Llevándosela hácia la derecha. Abrese la ventana ántes indicada, y Quiroga se asoma á ella.)

ESCENA TERCERA.

DICHOS y QUIROGA.

QUIROGA. Calma completa. (Retirase de la ventana.) Bien; ya es hora: partamos. (Hablando con persona que se supone estar á la izquierda de la habitacion, y que no puede ser vista por la ventana.) Salga usted con el coche. Nos encontraremos allí. (Quiroga, tarareando una cancion, se guarda en los bolsillos algunos objetos, se pone el sombrero, toma la luz que habrá encima de la mesita arrimada á la ventana y desaparece por la izquierda.)

DAMIAN. Se van. No sé que experimento.

ADELAIDA. ¡Se vá! Se va cantando... ¡No se ha de ír así, por mi vida! ¡Leandro! (Gritando.)

DAMIAN. ¿Qué hace usted?

QUIROGA. ¿Eh? ¡Esa voz! (Volviendo. Vase por la derecha.)

ADELAIDA. Quiero dar mi último adios al amigo que parte.

DAMIAN. ¡Imposible!

ADELAIDA. ¿Qué teme usted? (Con altivez.) Óiganos si le place. (Oyese abrir la puerta de la casa.) Ahí está.

DAMIAN. ¡La oiré á usted, criatura infeliz! (Con tono de amenaza y reconvencion. Vase por la derecha.)

ESCENA CUARTA.

ADELAIDA y QUIROGA.

QUIROGA. ¡Adelaida!

ADELAIDA. No era justo que sin despedirnos te fueras. Y, ¿á donde vas? ¿Quizá en busca de tu mujer?

QUIROGA. ¿Ya te lo han dicho? (Con ira.) Enhorabuena. (Conteniéndose.) Siendo casado, te vi y no pude mènos de amarte. Ahí tienes la explicacion de mi conducta. Ahí tienes mi culpa y mi castigo.

ADELAIDA. ¡Tu vileza increible!

QUIROGA. Decidido estoy á partir y á que jamas vuelvas á verme. Pero este sacrificio seria tal vez superior á mis fuerzas, á tropezar, yendo á cumplirlo, con señales de ser amado todavía.

ADELAIDA. Te oigo, y me parece estar soñando. Obra parece de una pesadilla tu impudente maldad.

QUIROGA. La cólera suele ser indicio de amor. Si me insultas, creeré que me amas: si me amas, no tendré valor para separarme de tí. Adios.

ADELAIDA. Adios. (Quiroga da algunos pasos hácia el foro.) Pero te has de ir tranquilo y gozoso, quedándome yo con el alma llena de vergüenza y remordimientos, de angustia y coraje. Vete, sí, pero ántes de que te vayas ¿no te podria yo castigar?

QUIROGA. Aun es tiempo.

ADELAIDA. ¿De castigarte?

QUIROGA. ¿De que tú y yo cumplamos nuestro destino?

ADELAIDA. ¿Cual es nuestro destino?

QUIROGA. Amarnos. (Con vehemencia, asiéndole una mano. Damian se deja ver lleno de ansiedad y como resuelto á lanzarse entre Quiroga y Adelaida.)

ADELAIDA. ¿Amarte yo?

QUIROGA. Sí, ven: huyamos, Adelaida.

ADELAIDA. ¡Suelta! (Desprendiéndose violentamente de Quiroga.) ¡Huir contigo! ¡S tanta audacia mete miedo! ¿Hasta ahí crees que puede llegar mi infamia? Haces bien: mujer que fué capaz de amarte, debe á tus ojos ser capaz de todo lo malo.

QUIROGA. Llorarás haber desdeñado mi amor.

ADELAIDA. ¡Ojalá que fuese verdad que me amas! Si tu me amases, entónces si que te aborreceria yo. Vete.

QUIROGA. Me voy; si; pero no me voy solo.

ADELAIDA. ¡Eh! ¿Como? ¿Qué has dicho? (Con viva agitacion.)

QUIROGA. A fé que no contaba con el gozo de ser testigo de tu desesperacion. Me daba por satisfecho con el gozo de imaginármela.

ADELAIDA. ¿Que no te vas solo? ¿Con quién te vas?

QUIROGA. ¿A qué me lo preguntas? Harto lo adivinan tus celos.

ADELAIDA. ¿Celosa yo de tí? No me digas que estoy celosa.

QUIROGA. Tu lo has querido. Sufre las consecuencias de tu insensata cobardía.

ADELAIDA Pero ¿con quién te vas?

QUIROGA. El coche está ya delante de su casa.

ADELAIDA. Pero ¿dices que te vas con Andrea?

QUIROGA. Con Andrea.

ADELAIDA. Mientes.

QUIROGA. Con Andrea que me ama: con Andrea á quien amo yo.

ADELAIDA. ¡Daria mi vida entera por ser hombre un momento.

QUIROGA. ¿Qué harias siendo hombre?

ADELAIDA. ¡Matarte! ¡Abofetearte primero!

QUIROGA. Así te queria yo ver.

ADELAIDA. No cumplirás tu atroz designio.

QUIROGA. ¿Quién lo ha de impedir? ¿Tu padre? ¿Sus amigos? Me conocen á mí, y conocen al hombre que me acompaña.

ESCENA QUINTA.

DICHOS Y DAMIAN.

DAMIAN. Dos monstruos mayores rara vez se ven juntos.

QUIROGA. ¿No se ha ido usted? ¡Maldito empeño de morir á mis manos! (Va hácia el foro.)

ADELAIDA. Aguarda. (Deteniéndole.)

QUIROGA. ¡No más! ¡Déjame! (La aparta con violencia de sí, y vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA SEXTA.

ADELAIDA Y DAMIAN.

ADELAIDA. ¡Se va! ¡Se va con ella! (En el colmo de la desesperacion.)

DAMIAN. ¡Don Lorenzo! ¡Don Lorenzo! (A voz en grito, llamándole.) ¡Lláme usted á su padre!

ADELAIDA. ¡Padre! (Queriendo gritar y no pudiendo.) ¡Padre! Se me anuda en la garganta la voz. ¡Padre! (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma y gritando desaforadamente.)

¡Padre! !Padre! ¡Padre!

DAMIAN. Que vayan corriendo. (Va hácia el foro.)

ADELAIDA. Y usted ¿á donde va? (Corriendo tras él y deteniéndole.)

DAMIAN. ¿A donde he de ir? A donde se intenta cometer un horrendo crímen. A donde Dios quiere que vaya. (Procurando desasirse de Adelaida.)

ADELAIDA. ¿Y qué será de usted?

DAMIAN. Esa es cuenta de Dios.

ADELAIDA. ¡Le matarán á usted!

DAMIAN. Que me maten ¡No importa! (Logrando desasirse de Adelaida.)

ADELAIDA. ¡Damian!

DAMIAN. La conciencia vale más que la vida. (Vase por el foro.)

ESCENA SÉPTIMA.

ADELAIDA, DON LORENZO, EL CONDE y JUANITO.

ADELAIDA. ¡Padre! ¡Padre! (Volviendo al proscenio y gritando como loca. Abrese la ventana del centro del piso principal de la casa y por ella asoma la cabeza don Lorenzo.)

DON LORENZO. ¡Adelaida! (Con susto.) ¿Tu ahí?

ADELAIDA ¡Pronto! Baje usted.

DON LORENZO. ¡Y yo de centinela toda la noche á la puerta de tu habitacion! (Con zozobra y enojo. Abrese la ventana de la derecha.)

ADELAIDA. ¡Baje usted al momento! (Con Lorenzo desaparece.)

EL CONDE. ¿Quién grita? (Asomando la cabeza por la ventana de la derecha. Abrese la ventana de la izquierda.)

ADELAIDA. ¡Van á matar á Damian!

JUANITO. ¡Ea, otro susto! (Asomando la cabeza por la ventana de la izquierda, tapándose la boca con un pañuelo.)

ADELAIDA. ¡Van á llevarse á Andrea! ¡Bajen ustedes, por piedad!

EL CONDE. Hay para dar un estallido. (Desaparece de la ventana.)

JUANITO. ¡Sea todo por Dios! (Desaparece.)

ADELAIDA. ¡Irse con ella! ¡Ni imaginarlo quiero! ¡Padre! ¡Conde! ¡Esquivel! (Gritando.) ¡Lo he de impedir! ¡A toda costa hay que impedirlo!

EL CONDE. Al punto voy. (Asomándose á su ventana.) No hallo el sombrero.

ADELAIDA. Irse con Andrea. No: ¡imposible!

JUANITO. Ya bajo. (Asomándose á su ventana.) Hace aire. Me estoy poniendo una bufanda. (Desaparece.)

ADELAIDA. ¡Irse con ella! ¡Oh! ¡Yo le detendré! (Corre hacia el foro.)

DON LORENZO. ¡Adelaida! (Llamándola al salir por la puerta de la casa. Trae una pistola en la mano.)

ADELAIDA. ¡Padre! (Viniendo a su lado.) ¡Corra usted! ¡Evite usted una desgracia!

DON LORENZO. Pero ¿qué hay? ¡Habla!

ADELAIDA. ¿No lo he dicho ya? Quiroga... Ese hombre que ha de partir con él... Andrea...

EL CONDE. Aquí nos tiene usted. (Saliendo por la puerta de la casa con una pistola en la mano.)

JUANITO. ¡Me ha dado un tiriton! (Saliendo por la puerta de la casa con un rewolver en la mano.)

ADELAIDA. Quiere robarla, y matar á su padre, y matar á Damian.

DON LORENZO. ¡Qué hombre, Dios eterno, qué hombre!

EL CONDE. ¡No hay quien pueda con él!

JUANITO. Es un aborto del infierno.

ADELAIDA. Vayan ustedes á impedirlo.

DON LORENZO. Sí, ya vamos.

EL CONDE. Al instante.

JUANITO. Corriendo.

DON LORENZO. Pero no te quedes tú sola aquí. Luego sabré como has salido de tu cuarto.

ADELAIDA. Yo iré con ustedes.

DON LORENZO. De ninguna manera. Entra en casa.

ADELAIDA. ¡Llegarán tarde!

DON LORENZO. Tú nos detienes. Entra. (Llevándola hácia la puerta de la casa.)

ADELAIDA. ¡Qué insufrible agonía! (Entra en la casa, y un momento despues en la habitacion en que ántes se vió á Quiroga. Queda de pié apoyada con una mano en la mesita que hay delante de la ventana.)

DON LORENZO. ¡En buenos tiempos le ha tocado á uno vivir! (Paseándose por el escenario.)

EL CONDE. ¡Volvemos al estado de la barbarie! (Paseándose tambien.)

JUANITO. ¡Ahí se ve lo que es un hombre sín religion! (Lo mismo.)

ADELAIDA. ¡No se van!

DON LORENZO. Y que ese Lucifer intentaba algo contra la chica, ya me lo figuraba yo.

EL CONDE. ¡Y yo!

JUANITO. ¡Y yo!

ADELAIDA. ¡No se van!

DON LORENZO. Por eso estaba alerta.

EL CONDE. Yo me habia echado vestido.

JUANITO. Yo estaba rezando. (Oyense á lo léjos gritos de ira y angustia.)

DON LORENZO. ¿No oyen ustedes? (Lleno de temor.)

JUANITO. ¡Qué horror! (Con acento lacrimoso.)

EL CONDE. ¡Cómo gritan!

ADELAIDA. ¡Y el cielo calla!

DON LORENZO. ¡Señores: se está cometiendo un crímen. (Como queriendo sacar fuerzas de flaqueza.) Nosotros debemos hacer algo.

EL CONDE. Si, señor, la obligacion de una personn bien nacida...

JUANITO. La caridad exige á veces que uno...

DON LORENZO. Pues, ea, vamos.

EL CONDE. Guie usted. (A don Lorenzo, empujándole.)

JUANITO. Ande usted. (Fingiendo impaciencia, y empujando al Conde para que vaya delante. Al llegar los tres á la verja del foro, óyese dentro un tiro, y los tres vuelven rápidamente á proscenio. Siguen oyéndose gritos á lo léjos.)

LOS TRES. }
ADELAIDA. } ¡Oh! (Dando un grito.)

DON LORENZO. ¡Se están matando!

EL CONDE. ¡Sabe Dios si ya habrá muerto alguno!

JUANITO. ¡Vamos, yo no puedo ver estas cosas! (Muy acongojado.)

ADELAIDA. Las fuerzas se me acaban. (Dejándose caer en una silla, y apoyando la cabeza en la mesa.)

DON LORENZO. ¡Tiemblo por Damian! ¡Son dos contra él!

EL CONDE. Y ¡qué dos!

JUANITO. ¡Quiroga! ¡Un ateo!

DON LORENZO. ¡Y el otro!

EL CONDE. ¡El otro! ¡Un bárbaro que ha matado á su madre y á su mujer!

JUANITO. Y ¿qué habíamos de hacer nosotros contra ese par de fieras?

DON LORENZO. ¡Capaces serian de acabar tambien con nosotros

EL CONDE. ¡Mis pobres hijos!

JUANITO. ¡Mi pobre mamá!

DON LORENZO. ¡Adelaida no tiene á nadie más que á mí en el mundo!

EL CONDE. ¡Yo soy un padre de famila!

JUANITO. ¡Yo soy un hijo de familia!

DON LORENZO. ¡Yo soy un hombre de bien, y los hombres de bien!..

EL CONDE. ¡Los hombres de bien no debemos cometer imprudencias!

JUANITO. ¡Los hombres de bien no debemos hacer locuras!

DON LORENZO. Pero ¡qué iniquidad la de esos impíos!

EL CONDE. ¡Si parece mentira que haya gente con tan mal corazon!

JUANITO. ¡Ya las pagarán todas juntas en la otra vida!

DON LORENZO. ¡Caiga la maldicion de Dios!.. (Damian entra por la verja del foro, andando trabajosamente, aunque de prisa, con el brazo izquierdo sin movimiento y caido á lo largo.)

ESCENA OCTAVA.

DICHOS y DAMIAN.

DAMIAN. No caiga sobre usted...

DON LORENZO. ¡Damian! (Yendo hácia él.)

ADELAIDA. ¡Damian! (Levantándose de pronto.)

DAMIAN. No caiga sobre usted, si vuela á defender la vida de un padre y la honra de una doncella. ¡Oh! (Dando señales de no poderse tener en pié.)

DON LORENZO. ¡Sangre! Sosteniéndole.)

EL CONDE. } ¡Sangre! (Acercándose á Damian. Don Lorenzo el Conde y Juanito, vueltos de espalda
JUANITO. } á la casa, conducen á Damian al banco que hay á la derecha y le sientan en él.)

ADELAIDA. ¡El cielo no me quiere ayudar! ¡Ayúdeme el infierno! (Desaparece de la ventana.)

DON LORENZO. ¿Qué tiene usted?

EL CONDE. ¿Está usted herido?

DAMIAN. En un hombro... No es nada. Ese anciano... esa niña... esos inicuos... (Adelaida sale de la casa, y sin ser vista, vase corriendo por la verja del foro

ESCENA NOVENA.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO y DAMIAN.

DON LORENZO. Venga usted adentro.

EL CONDE. Sí.

JUANITO. Usted necesita...

DAMIAN. ¡Yo no! ¡Ellos! ¡Ellos! Pueden ustedes llegar á tiempo todavía. Andrea es valiente. No la separarán de su padre si no la hacen pedazos. Pero ¿todavía están ustedes aquí?

DON LORENZO. Mire usted, Damian: lo mejor será que nos cuidemos de usted.

DAMIAN. ¿No he dicho ya que de mi no? ¡Por caridad! ¡Por las entrañas de María! ¡Por la sangre del Redentor! Sálvelos usted, don Lorenzo. ¡Míreme usted á sus piés! ¡Se lo ruego llorando! (Dejándose caer del banco al suelo, y poniéndose de rodillas.

DON LORENZO. Nosotros íbamos ya á salir cuando usted... (Turbado.)

EL CONDE. Si, señor: pensábamos haber ido allá...

JUANITO. ¿Qué más queria usted que hiciésemos?

DAMIAN. ¡Intentan robar una hija á su padre! ¿No lo ha oído usted? ¡Y usted es padre! ¡Usted tiene una hija!

DON LORENZO. ¡Logrará usted que su herida se haga incurable!

DAMIAN. Habiendo en el mundo hombres como aquellos y como ustedes, ¿qué mejor cosa le puede á uno suceder que morirse?

EL CONDE. Pero—¡qué diablos!—si con ir allá nosotros, nada se habia de remediar.

JUANITO. Y—¡qué demonio!—considere usted que nadie está obligado á exponer temerariamente su vida.

DON LORENZO. Si Quiroga se quiere llevar á la muchacha no es mia la culpa, y... en fin, con tal de que ese condenado nos deje en paz, que se la lleve enhorabuena.

DAMIAN. ¡Canalla! ¿Qué osa usted decir? ¡Canalla! ¿Y no tengo aliento para ahogarle á usted entre mis manos? He visto á los otros amenazar con puñales á un viejo impedido y forcejear con una débil niña. Pues usted me causa más espanto. Usted me parece más infame.

EL CONDE. Han cesado los gritos.

JUANITO. Sí: nada se oye. (Va hácia el foro y se asoma á la verja.)

DAMIAN. ¡Horrible silencio!

DON LORENZO. ¿Se habrán marchado ya?

JUANITO. Miren ustedes, miren ustedes; por allí va el coche que vuela. (El Conde va hácia el foro.)

DAMIAN. ¡Andrea! (Como llamándola desesperado.) ¡Infeliz! ¡Los gavilanes se llevan á la paloma! (Llorando.)

DON LORENZO. ¡Qué vuelco me ha dado el corazon!

DAMIAN. ¡Ya está consumado el delito! Sobre usted, don Lorenzo, sobre usted la maldicion de Dios!

DON LORENZO. ¡Damian! (Como sobrecogido de espanto.)

ANDREA. ¡Socorro! ¡Don Lorenzo, socorro! (Gritando dentro desde lejos, de modo que sus palabras no lleguen claras á la escena.)

DON LORENZO. Gritan de nuevo. (Yendo hácia el foro.)

EL CONDE. Sí.

JUANITO. Y parece que se van acercando los gritos.

ANDREA. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Don Lorenzo!

DAMIAN. ¿Me engañan mis oídos? ¡No! (Con arrebato de alegría.) ¡Es Andrea!

DON LORENZO. ¿Andrea?

ANDREA. ¡Socorro! ¡Socorro!

DAMIAN. ¡Si! ¡Cielo divino, ella es!

DON LORENZO. Pues ya ve usted que no la han robado, ní... (Con desabrimiento á Damian, viniendo hácia él, y como alegrándose de hallar disculpa para sí mismo.)

EL CONDE. Bien me figuraba yo que eso de robar á una mujer, no queriendo ella... (Volviendo al proscenio.)

JUANITO. ¡Toma! ¿Por qué no me he dado yo más prisa á... (Volviéndose al proscenio tambien.)

DAMIAN. ¡Jesús mil veces! (Dando un grito, como asaltado repentinamente de una idea espantosa, y poniéndose de pié. Queda agarrado con la mano derecha al árbol que tiene junto á sí.)

DON LORENZO. ¡Eh! ¿Qué le pasa ahora?

DAMIAN. ¿Y su hija de usted? ¿Donde está su hija? (Con la mayor ansiedad.)

DON LORENZO. ¿Dónde ha de estar? ¡En casa!

DAMIAN. ¡Adelaida! ¡Adelaida! (Llamándola.) Pero ¿está ahí?

DON LORENZO. ¡Oh! ¿Cómo? (Dándose cuenta del recelo de Damian.) ¡Qué idea! ¿Será usted capaz de sospechar?...

DAMIAN. Pero ¿esta ahí? (Cada vez con más viva angustia.)

DON LORENZO Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas. ¡Adelaida! (Llamándola.) ¡Ha perdido el juicio, y quiere que todos le perdamos tambien!

ANDREA. ¡Socorro, don Lorenzo, socorro! (Ya desde muy cerca.)

DON LORENZO. ¡Pide socorro!

DAMIAN. ¿Para quien?

ANDREA. Socorro, que se la llevan.

DON LORENZO. Que se la llevan... (Con terrible estupefaccion.)

DAMIAN. ¿Á quién? (Casi delirante.) ¡Adelaida! (Con voz de trueno.)

DON LORENZO. ¡Oh! (Dando un grito espantoso.) ¡Adelaida! ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola fuera de sí, y dirigiéndose precipitadamente hácia la escalera.)

ESCENA ÚLTIMA.

DON LORENZO, DAMIAN, EL CONDE, JUANITO Y ANDREA.

ANDREA. ¡Socorro, don Lorenzo, socorro! (Entrando por el foro despavorido, con el traje en desórden y el pelo caido.)

DAMIAN. ¡Ven aquí! (Llamandola angustiosamente. Andrea se acerca á él.)

DON LORENZO. ¡Habla! (Corriendo hácia Andrea.)

ANDREA. ¡Sí!.. ¡Ay!.. ¡Me ahogo!.. ¡Me muero!.. (Sin poder articular las palabras por el cansancio y las vivas emociones de que está agitada.)

DAMIAN. ¿Para quien pides socorro? (Enérgicamente.)

DON LORENZO. Dí.

ANDREA. Llegó... Hablaron... Se fueron...

DAMIAN. ¿Quien se va?

DON LORENZO. ¿Quien?

ANDREA. Ella... Ella... La señorita...

DON LORENZO. ¡Mi hija! Y vosotros... ¡Infames! ¡Vosotros no lo habeis impedido? ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola como loco.) ¡El cielo me confunda! (Cayendo al suelo sin sentido. El Conde y Juanito se acercan á él como para prestarle auxilio.)

DAMIAN. ¡Justicia de Dios!

ANDREA. ¡Sálvala, Madre mia de los Dolores! (Poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud de súplica.)

FIN DEL DRAMA.